EL MUSEO.

ADMINISTRACION

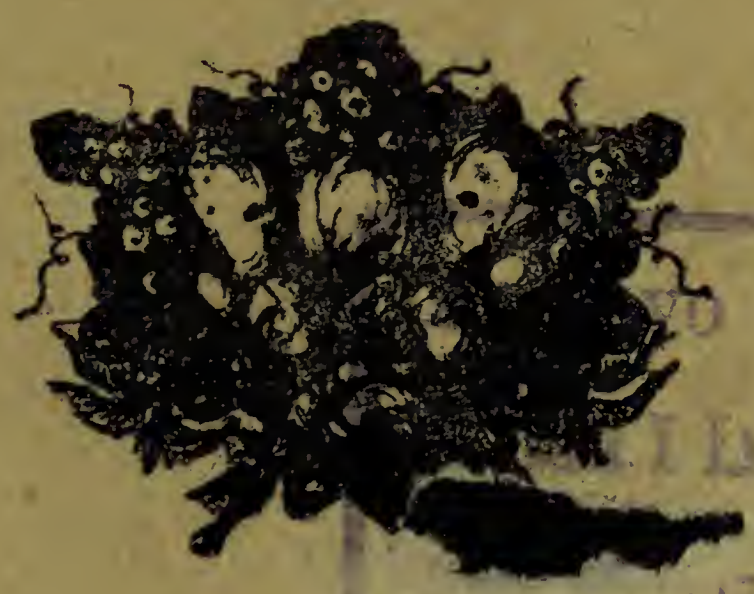
DE

OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA TABLA DE SALVACION.

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS

Y EN VERSO.



Teatral
BARCELONA

VALLADOLID:
Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,
Libreros de la Universidad y del Instituto.

1867.

LA TABLA DE SALVACION.

629:15

LA TABLA DE SALVACION.

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

D. EMILIO PRIETO VILLAREAL.

Representada por primera vez en el teatro de Lope de Vega de Valladolid, en la noche del 15 de Febrero de 1867.

VALLADOLID:
Imprenta y libreria Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,
Libreros de la Universidad y el Instituto.

1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
MERCEDES, madre de. .	D.ª MARIANA SEGURA.
FELISA.	CANDELARIA TARDOS.
REMEDIOS, criada.. . .	ANA RODRIGUEZ.
D. PASCUAL, marido de la primera.	D. VICENTE R. JORDAN.
ANTOLIN.	RAFAEL JOVER.
BARON.	JUAN GARCIA.
EDUARDO.	VICENTE YAÑEZ.
JUAN.	PIO HERMOSA.

La escena tiene lugar en Madrid y en casa de D Pascual.

Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

El Sr. D. Francisco Rubio, dueño de la galería *El Museo* y sus corresponsales son los encargados esclusivos de su venta y del cobro de un derecho de representacion en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

A LAS SEÑORAS

DOÑA CÁRMEN VILLAREAL DE PRIETO

Y

DOÑA RAFAELA RIVERA DE PRIETO.

A vosotras, madre y esposa mias, debo dedicar mi primera comedia; recibidla, pues, como una prueba del cariño que inspirais á vuestro

EMILIO.

Archivo Teatral
MILLÁ
BARCELONA

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con mucha elegancia, en casa de D. Pascual de los Rios. A la derecha del actor los huecos de dos miradores que se supone dán á la calle, á la izquierda dos puertas que comunican á las habitaciones interiores y en el fondo otras dos, una que conduce á la escalera y otra á un salon perfectamente decorado.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, REMEDIOS, despues; esta en trage de calle. El primero al levantarse el telon aparecerá trasladando una butaca de un sitio á otro; su trage la librea de la casa.

JUAN. Pondremos esta butaca
en su sitio; el velador
lleno de polvo. Esta chica
ha de ser la perdicion
de la casa; ya se vé
con tanto novio....

REMEDIOS. Aqui estoy.
¡Qué laberinto tan grande

hay en la Puerta del Sol!
¡Qué de coches! ¡Qué de gente!
¡Qué barullo mas atroz!
Uno grita, el otro corre
y un pollo contra un farol,
por ir mirando hácia atrás,
dá tan tierno pechugon,
que ni al ser que lo motiva
se lo daría mayor.
En fin, allí cada paso
Juanillo, es un tropezon.

JUAN. ¡Ya lo creo! ¡y qué tropiezos! (Con intencion.)
hay allí, válgame Dios.

REMEDIOS. Así es que me gusta tanto
la córte.

JUAN. Pues á mi nó.

REMEDIOS. Yo no sé por qué la tienes
tal ódio, tal aversion.
Por qué no te gusta, habla,
vamos, dime.

JUAN. Porque nó,
¿lo quieres mas claro?

REMEDIOS. ¡Vaya
que convence esa razon!
como tuya, al fin y al cabo
quién eres tu?

JUAN. Yo, soy yo,
y no me busques la lengua,
porque en diciendo aquí estoy...

REMEDIOS. Di lo que quieras.

JUAN. ¡Que diga!
¡Que diga! por San Anton,
vé lo que dices Remedios.

REMEDIOS. Y ya se vé, si señor,
me gusta la córte, ¿estamos?
y como en mi corazon
nadie manda, pues, lo *entriego*
á quien le dá mas calor.

JUAN. ¡Claro está! como en Arganda
á no ser que fuera yo
nadie te dijo siquiera
por ahí te pudras...

REMEDIOS. ¡Qué atróz!
Tú habrás entrado en la córte
mas la cortesía no
ha entrado en tí.

JUAN. Como quieras,
pero es cierto como hay Dios,
que cuando no es un sargento
es un cabo ó es un tambor
ó un coracero, tamaño, (Alzando el brazo.)
arrastrando su espadon,
siempre hay uno que pasea
la calle y á veces dos.
¿Me dirás que eso es mentira?

REMEDIOS. Lo que te digo es que yo
hago lo que me dá gana,
que no tengo obligacion
de darle cuenta, está usté,
señor Juan. (Con desenfado.)

JUAN. Tanto peor
para tí.

REMEDIOS. Eso quien sabe,

JUAN. Inconstante... (Con mucha rapidéz.)

REMEDIOS. Leviton.

JUAN. Fregatriz.

REMEDIOS. Y á mucha honra.
¡Miren el lacayo!

JUAN. Yo,
soy el cochero, ¿lo entiendes?

REMEDIOS. ¡Ah, muy alta posicion! (Burlándose.)

JUAN. Coqueta.

REMEDIOS. Celoso.

ESCENA II.

DICHOS ANTOLIN, luego D. PASCUAL.

ANTOLIN. Al fin
tendrán que echaros de casa.
No le gustan las disputas
al amo y por su desgracia
disputais aun por las cosas

de mas pequeña importancia.
Id con Dios, y que no vuelva
yo, á reprender esa falta. (Se marchan por el foro izquierda.)

D. PASCUAL. ¿Qué era ello?

ANTOLIN. Lo de siempre.
Cuando entré aquí disputaban
como pudieran hacerlo
si estuviesen en su casa.

D. PASCUAL. Que quieres, el bello sexo,
si en la oposicion batalla,
casi asegurarse puede
que nunca rinde las armas,
las mujeres son tenaces
en sus opiniones, hablan
y luchan y muchas veces
ni se convencen ni callan,
por ejemplo, mi mujer...

ANTOLIN. Permita ustéd que le haga
una observacion, cuando ella
se queja... (Con intencion.)

D. PASCUAL. ¡Qué dices!

ANTOLIN. Nada.

D. PASCUAL. Yo lo que digo Antolin
es que tu, hablas y hablas
sin saber lo que te dices.

ANTOLIN. Hablo porque tengo lástima
de ella, porque no una
D. Pascual, sino ya várias
veces, la he sorprendido
vertiendo en silencio lágrimas;
hablo por que inútilmente
no como el pan de la casa;
porque no en valde han salido,
junto á ustedes estas canas;
hablo en fin, porque estoy viendo
que esto se desquicia...

D. PASCUAL. Basta. (Con mal humor.)
yo soy aquí el responsable,
tú me obedeces y callas.

ANTOLIN. (¡Esto á mí! pero en verdad (Con sentimiento.)
yo quien soy en esta casa.)
(Se marcha por el foro.)

ESCENA III.

DICHO y JUAN con periódicos en la mano.

JUAN. Señor...
D. PASCUAL. Adelante, hola,
¿es el correo?
JUAN. Lo acaban
de traer.
D. PASCUAL. Muy bien, veamos
en el interior que pasa.
(Se sienta y toma uno.)
«anteayer llegó á esta córte
procedente de la Habana
el general...» adelante.
«Fué curado en una casa
de socorro un caballero...»
Tampoco me importa nada;
«Ayer llovió en Aranjuez
y en Castellon de la Plana.»
Me alegro; «Los descontentos
con la rigorosa marcha
de justicia y equidad
á que ajusta su programa
el gabinete, aseguran
que hay crisis, pero tamañas
especies no son creidas
por la mayoría sensata
del pais, la redaccion
como siempre autorizada
competentemente, afirma...»
Lo de costumbre, esto marcha,
esto se vá, no hay remedio
si las cosas no se cambian.
«Ayer se cayó un tabique
en la calle de la Pasa
pero afortunadamente
no hay que lamentar desgracias.»

Del mal el menos. «Ayer
al desplomarse la casa,
de que hablamos mas arrriba,
quedó muerta la criada,
un niño de pocos años,
el aguador que bajaba...»
Está visto, este periódico
solo acierta cuando calla.

ESCENA IV.

DICHO y MERCEDES.

MERCEDES. ¿Leyendo?
D. PASCUAL. Si, pero no
son asuntos de importancia.
(Deja el periódico.)
MERCEDES. ¿Y qué se dice de nuevo?
D. PASCUAL. Absolutamente nada,
rumores de crisis.
MERCEDES. ¡Siempre
la misma cancion!
D. PASCUAL. Acaba
de jurar el ministerio,
y como están ensañadas
las oposiciones, gritan
como energúmenos, pasma
ver lo que sucede.
MERCEDES. Si,
politiquilla menguada,
los que están caidos, tienden
las redes, para que caigan
los que dirigen la nave
á través de la borrasca;
y estos en ver la manera
de no enredarse en sus mallas
y en dar turron á los suyos
un tiempo hermoso malgastan;
si vieses lo que me alegro
(Con alegría y cariño.)

de que tu Pascual, no hayas
tomado parte en las luchas
políticas, en su casa
tiene un hombre lo bastante
para ocuparse.

D. PASCUAL. No vayas
á creer que yo en política
no tengo opinion, me agradan
sus luchas, y creo que,
la política templada
todos los hombres de arraigo
como yo, los de importancia, (Con fatuidad.)
estamos en el deber
de ayudar á sustentarla.

MERCEDES. ¿De modo que si ocurriera,
cosa bien inesperada,
que un gobierno te ofreciese
una cartera?...

D. PASCUAL. Aceptaba
á cierra ojos. ¡Sería
posible que me negara
á hacer la felicidad
de esta madre desgraciada
que con el llanto en los ojos
á todos sus hijos llama?
Además, que yo ya tengo
planes y cuentas echadas
sobre hacienda, que es aquí
el caballo de batalla,
y no es difícil, pues cosas
hemos visto algo mas raras,
que yo fuera el destinado
á sacar de la estacada
nuestro crédito, yo tengo
sobre hacienda, ideas vastas,
mucho, sí.

MERCEDES. ¡Cuanto mejor
era estar en nuestra casa!
¡En nuestro pueblo!

D. PASCUAL. ¡Ya vuelves
otra vez á las andadas!
¿No es preferible la vida

que aquí en la córte tu pasas?
Tienes coches elegantes,
caballos de pura raza,
tanto tu, como tu hija,
vestis al gusto de Francia,
tu moviliario es lujoso,
una vez á la semana
recibes á los amigos
en soirée de confianza
y la mejor sociedad...

MERCEDES. (¡La mejor!)

D. PASCUAL. Ves en tu casa.
Aquí goza tu marido
nombre envidiable en la plaza,
hoy Rios, es en la córte
un segundo Salamanca,
mi mano, todos la estrechan,
mi amistad, es deseada,
y esos títulos ya rancios,
esa vieja aristocracia,
cede el lugar á la nueva,
que gritando, plaza, plaza,
á los príncipes altivos
con su poder avasalla.
Todas estas son verdades,
pero verdades muy claras.

MERCEDES. Es muy cierto; sin embargo
quiero la paz de mi casa,
quiero vivir en el pueblo,
prefiero estar en Arganda:
á la vida de la córte
constantemente agitada,
á esta vida de saludos,
de ofrecimientos, de farsa,
donde se habla de memoria
con frases pueriles vanas
que ni el corazon las siente
ni encuentran eco en el alma,
prefiero mil y mil veces
nuestra vida sosegada,
allí tranquilos los dias
y felices se pasaban

yo pensando en mi marido
y tu, sin salir de casa. (Con dulzura.)

D. PASCUAL. Eso es, ha de estar uno
metido siempre en las faldas.
vamos, teneis unas cosas
tan estupendas, tan raras,
que por mas vueltas que doy
yo no sé como esplicarlas.
Comprale si te parece
á tu marido una jaula
y dale pan y bizcochos
y sácale al sol, caramba.
No sé como no conoces
que hasta te pones pesada
¿te quiero menos ahora?

MERCEDES. Tal vez,

D. PASCUAL. ¡Mercedes!

MERCEDES. No vayas
á enfadarte.

D. PASCUAL. Es un capricho
sin fundamento, sin causa,
poco á poco es necesario
que aceptes mis buenas máximas.

MERCEDES. ¡Imposible!

D. PASCUAL. Ya tenemos
una hija adelantada
en edad.

MERCEDES. ¿Y eso que importa?

D. PASCUAL. Que en los pueblos no se casan.

MERCEDES. Allí me he casado yo.

D. PASCUAL. Es la verdad.

MERCEDES. Y tu estabas
Bien enamorado. (Con marcada intencion.)

D. PASCUAL. Es cierto.

MERCEDES. Y ya ves, era en Arganda.

D. PASCUAL. Pero vamos, ven acá,
si tu la vieras mañana,
casada con un banquero
ó con un Grande de España
pasear en carretela
soberbia en la Castellana
dime ¿no se te caería

lo mismo que á mí la baba?
MERCEDES. No te pagues de esas cosas.
D. PASCUAL. ¿Pero tu de que te pagas?
MERCEDES. Te lo he dicho muchas veces.
D. PASCUAL. Esas son ideas... rancias.
Con que adios esposa mia
voy á quitarme esta bata,
para marcharme á la bolsa,
Hasta luego, que no vayas
á enfadarte, te prohibo (Con dulzura.)
que me pongas mala cara.

ESCENA V.

MERCEDES, luego **DON PASCUAL** en traje de calle.

MERCEDES. ¡Es inútil, no me entiende
y eso que me esfuerzo tanto!
¡Ni comprende mi quebranto
ni su bienestar comprende!
¿Y qué ofusca su razon
de tal manera Dios mio?
Nada, solo el desvarío
que le infunde la ambicion!
En vez de tanto llorar
me dicen, insiste, ruega,
¡y lo hago así, mas le ciega
el afan de figurar!
Solo apetezco tu bien
le he dicho fingiendo enojos,
y con el llanto en los ojos
se lo he pedido tambien.
Mas no acierto con el modo
de que mi dolor comprenda,
tiene delante una venda
que lo tergiversa todo.
D. PASCUAL. (Que debe salir vestido á la moda.)
Ni por esas, ya se vé, (Poniéndose un gemelo.)
con tanto y tanto almidon

se parecen al carton
en lo duros, (Aludiendo á los puños.)

MERCEDES. ¡Pero qué
te pasa!

D. PASCUAL. ¡Válgame el cielo!
Toma, y me van á esperar
dí ¿me quieres abrochar
este diablo de gemelo?

MERCEDES. Ven, hombre, ven, es la moda...

D. PASCUAL. ¡Qué moda!

MERCEDES. Estando en la córte
¿quieres prescindir del porte
que se dá la gente toda?
y además de los gemelos
es necesario... (Indicándole que se siente.)

D. PASCUAL. Estoy bien.

MERCEDES. ¡Hombre! es preciso tambien
peinarte un poco esos pelos.
Siéntate. (Lo hace.)

D. PASCUAL. Que tengo prisa.

MERCEDES. Una peluca se pone
(Peinando la que tiene puesta.)
pronto. El hombre propone...
Sabes que me causa risa
un recuerdo.

D. PASCUAL. ¿Cual?

MERCEDES. Tu antes
odiabas la farsa, y yá
te pones peluca y frá,
y te perfumas los guantes.

D. PASCUAL. Es que fuera estravagancia
conducirse de otro modo,
y finalmente, tú, todo
lo conviertes en sustancia.

(Algo incomodado. Se marcha por el foro.)

MERCEDES. ¡Ambicion! loca ambicion,
de flores su paso llenas
y al mismo tiempo envenenas
su sencillo corazon.

(Se vá por la izquierda.)

ESCENA VI.

FELISA, luego ANTOLIN.

FELISA. ¡Ah! no está aquí, pues entonces
se acabará de marchar,
y yo que estaba resuelta
á manifestarla ya
mi cariño hácia Eduardo.
Es tan bondadoso y tan
desgraciado al mismo tiempo...
El pobre en triste horfandad
se quedó desde muy niño
y hubiera vivido mal
á no ser por sus parientes.
Si, se lo digo á mamá,
ella es buena y toda madre
quiere la felicidad
de sus hijos. ¿Quien se acerca?
¡Ah! eres tú, ven acá.

ANTOLIN. ¿Qué se te ofrece?

FELISA. Quisiera...

ANTOLIN. Dime que quieres.

FELISA. Hablar
De...

ANTOLIN. ¿De qué?

FELISA. Pues nada, de...
un asunto.

ANTOLIN. Acabarás.
Reservado ¿eh?

FELISA. Ya lo creo.

ANTOLIN. (Y tanto que lo será.)
¿Es amor?

FELISA. Amor... amor... (Con cortedad.)

ANTOLIN. ¡A qué lo quieres negar!
si á poco que reflexiones
tontuela, comprenderás
que ciertas cosas no son
tan fáciles de ocultar.

Dios ha dotado á los viejos
de cierto don especial,
de cierta práctica, en fin
de cierta sagacidad
que las cosas mas recónditas
nos permite penetrar.
Yo conozco que tu pecho
herido de amor está
pero de ese amor del alma
constante, firme, tenáz.
¿No es cierto?

FELISA. Si que lo es.

ANTOLIN. Si no se puede ocultar.
Lo que tu debes hacer
es decirlo á tu mamá.
Contínuamente le veo
por la calle pasear
y eso llama la atencion
se critica y está mal.
Debe subir y decírselo
porque ella consentirá.
Amor de madre hija mia
es entrañable amistad,
es el afecto mas puro,
el mas santo, el mas cordial,
y los hijos á su madre
nada deben ocultar.

FELISA. Precisamente queria
decírselo hoy, que yá
como á tí, me vá cansando
tanto verle pasear.
Pero me ocurre una idea,
y es que en cuanto á mi papá...

ANTOLIN. Tienes razon.

FELISA. Pues entonces...

ANTOLIN. ¡Ya lo creo! es muy capaz
de impedírtelo.

FELISA. Oyeme
lo que acabo de pensar;
como tiene de costumbre
ya muy pronto pasará.
Pues bien, le indico que suba,

un momento nada mas,
y le diré que es preciso
que nos venga á visitar
con un pretesto cualquiera.
¿Qué me dices?

ANTOLIN. No está mal
pensado.

FELISA. Ha estado allí
algunas veces...

ANTOLIN. Si, ya...

FELISA. A verme, y esa visita
es de lo mas natural.

ANTOLIN. Si, no te digo...

FELISA. Y podemos
ir preparando á papá.

ANTOLIN. ¿Y no tiene ocupaciones?

FELISA. Solo venir y mirar
pues como el pobre no sube...
mas tiene acabada ya
la carrera y piensa abrir
su bufete.

ANTOLIN. Menos mal,
esa es carrera pacífica
y buena para medrar,
siempre que tenga las dotes
que son de necesidad.
Ante todas cosas quiero
que elijas hombre de paz.
No te enamores ni pienses
Felisa, en ello jamás,
de aquel que veas vestido
(Un momento de pausa)
de uniforme militar (Rápidamente.)
porque hija, los militares...
son una calamidad.
Que vaya ustéd al momento
que le llama el general,
que sin perder un instante
se prepare usté á marchar,
de modo que no es posible
que gocen tranquilidad;
en guerra consigo mismo

están en tiempo de paz,
y en el de guerra, por cientos
se ván á la eternidad.
Con los marinos, tampoco,
porque la gente de mar
vive siempre vacilante
y á merced del huracan.
¡Si yo un lance te contara!
pero es largo de contar.

FELISA. Cuéntamelo.

ANTOLIN. Sucedió
en noche de tempestad
sobre una corbeta inglesa
velera, de mucho andar.

FELISA. Siéntate.

ANTOLIN. Si es un capricho... (Lo hace.)
óyeme: mi mocedad
pasó en América, allí
en aquel suelo feráz
cuyos múltiples encantos
no te puedo ahora contar;
yo de criado servía
á un señor de calidad
hombre de génio y de *ingenios*,
español, franco, leal.
Enviudó, quedóle un hijo
de dos años nada mas
y decidió aquella tierra
para siempre abandonar.
Vendió todos sus ingenios
y con un gran capital
se hizo conmigo á la vela...
veinticuatro años hará.
Emprendimos el viaje
con buen viento y buena mar
meciéndose la corbeta
con graciosa magestad
entre las olas; así
hubimos de caminar
ocho dias y en la noche
del noveno, un temporal
desatóse, que nos puso

en riesgo de zozobrar.
Ráudo silbaba en las jarcias
el furioso vendabal
y la corbeta crujía
á impulsos del huracan.
La luz del rayo brillaba
en la negra oscuridad
dejando ver las tremantes
saladas olas del mar,
levantarse embravecidas
con esfuerzo colosal,
precipitarse furiosas,
y unas con otras chocar.
Calmóse por un momento
la tremenda tempestad
y gritan, «pirata al norte,»
el pánico mas mortal
se apoderó de nosotros
é ibamos á desmayar
cuando en vista del peligro
y á la voz del capitan
preparamos la defensa.
Llegan, tratan de abordar
y una lucha encarnizada
horrorosa, colosal
se traba, á todos domina
el deseo de matar.
Los unos blanden el hacha,
otros agudo puñal
en mano, buscan el pecho
do poderlo sepultar
y corre á bordo la sangre
en anchísimo raudal.
Yo que entonces era fuerte
me abalanzo al capitan
enemigo; le señalo
la punta de mi puñal
en el cuello, y cae redondo;
bien le debí señalar.
Mi amo murió en la lucha.

FELISA. ¿Y el niño, dí? (Con ansiedad.)

ANTOLIN. No se cual

sería despues su suerte
porque yo me arrojé al mar
y me salvé en una lancha
por una casualidad.

FELISA. ¡Es horroroso! (Aterrorizada.)

ANTOLIN. Esa escena
nunca la podré olvidar. (Se levanta.)
Con que cásate hija mia
con hombre que viva en paz.

FELISA. Hemos de ser muy felices.

ANTOLIN. Dios lo quiera.

FELISA. Si querrá,
yo soy rica, nos amamos...

ANTOLIN. Si, todo eso es verdad,
pero... (Marcando mucho la palabra.)

FELISA. ¿Hay pero?

ANTOLIN. Y un pero
difícil de madurar.

FELISA. Es tan bueno.

ANTOLIN. Quien lo duda.

FELISA. Y se hace querer.

ANTOLIN. Si tal.

FELISA. Tan simpático.

ANTOLIN. No digo...

FELISA. Elegante.

ANTOLIN. Lo será. (Con mucha rapidez.)

FELISA. Y guapo.

ANTOLIN. Como un Adónis.

FELISA. Me ama.

ANTOLIN. Como un don Juan,
pero...

FELISA. ¿Qué pero? (Disgustada.)

ANTOLIN. Es un pero
(Con mucha intencion.)
que no madura jamás.
¿Y sabes qué pero es ese?
ese pero... es tu papá.
(Se marcha por el foro izquierda.)

ESCENA VII.

FELISA, luego EDUARDO.

FELISA. ¡Será posible! chocheces
de viejos, todo lo ven
oscuro, pero tambien
se equivocan muchas veces.
(Suenan las doce.)
Las doce, no tardará,
me lo dice el corazon,
voy á asomarme al balcon. (Lo hace.)
Oh, no lo dije, aquí está:
puntual, ¡como es posible
olvidarle! Sube, aquí. (Hablando con él.)
¡No quiere creerlo! Sí. (Id.)
Le parece un imposible.
Se decide; atravesó
ya de la puerta el dintel;
(Suena la campanilla.)
y llaman, sin duda es él,
(Se acerca á la puerta del foro.)
abren la puerta, ya entró.
Por aquí.

EDUARDO. Felisa.

FELISA. Entra.

EDUARDO. ¿Sucede algo?

FELISA. Es en vano
te inquietes.

EDUARDO. ¿Por que mi mano
(Con estrañeza.)
con la tuya ahora se encuentra?
Tú me dirás por qué arrostro
el riesgo de este placer.

FELISA. ¿Y no lo puedes leer
en la espresion de mi rostro?

EDUARDO. Que estás contenta, lo veo,
mas en este mismo instante
me contemplo aquí, delante
de tu vista, y no lo creo.

FELISA. Es que acerté con el modo
único de mejorar.
¿Puedo contigo contar?
EDUARDO. ¡Y lo dudas! para todo.
FELISA. Pues oye, vienes despues
pretestando una visita.
EDUARDO. ¡Yo! ¿de quien?
FELISA. De mi primita
Julia, ya sabes quien es.
EDUARDO. Yo creo que es algo tarde,
mas si no hay medios mejores...
FELISA. En estas cosas de amores
lo peor es ser cobarde.
EDUARDO. En todos casos la recta
ha sido línea mas corta
y si descubren...
FELISA. No importa
que comprendan la indirecta.
EDUARDO. Me voy.
FELISA. Te debes marchar.
EDUARDO. ¿Con que lo dicho?...
FELISA. No es juego.
EDUARDO. Pues entonces hasta luego.
FELISA. Que no vayas á tardar.
Recibirle bien es justo,
voy á vestirme tambien,
esto va marchando bien
ó á lo menos á mi gusto.
(Se vá por la izquierda.)

ESCENA VIII.

BARON, luego MERCEDES.

BARON. Que le espere en esta estancia
(Con fatuidad.)
pues dicen que pronto viene,
eso es lo bueno que tiene
adquirir cierta importancia.
(Hermosa cual siempre sales.)

MERCEDES. ¿Ustéd honrando micasa? (Con frialdad.)
BARON. El honrado es quien traspasa
De esa puerta los umbrales.
MERCEDES. Siempre tan fino.
BARON. Señora,
inspira galantería
ver á ustéd, por que á fé mía
hoy la encuentro encantadora.
MERCEDES. Mucho cuidado, baron, (Con dignidad.)
BARON. Yo soy franco.
MERCEDES. No conviene
serlo tanto.
BARON. ¡Quién contiene
Mercedes, al corazon! (Con pasion.)
No existe humano poder
sin duda para mi mal.
MERCEDES. Hay uno, baron.
BARON. ¿Y cual?
MERCEDES. La conciencia del deber.
(Marcando mucho las palabras.)
BARON. ¡El deber! fantasma vano (Con desprecio.)
Mercedes, vulgaridad
que mira la sociedad
con desprecio soberano.
Le dan muy distintos nombres
pues hay distintos deberes,
que atropellan las mujeres,
y que desprecian los hombres.
Tanto que en las capitales
es cada casa, señora,
una caja de Pandora
donde están todos los males,
Ya no hay dique que contenga
ni hay deber ni existe valla,
aquí se obra y se calla
y que venga lo que venga.
MERCEDES. ¡Estoy absorta, baron!
BARON. Esa es la verdad, señora.
MERCEDES. ¡Una caja de Pandora!...
BARON. Exacta comparacion:
la juro por esa luz,
por el aire que respira...

MERCEDES. Que es aquí todo mentira. (Con intencion.)
BARON. Que no existe la virtud. (Con rapidez.)
MERCEDES. Estamos hablando en sério
y yo no atino el por qué.
BARON. Señora, yo si lo sé.
MERCEDES. ¡Hola! tenemos misterio...
BARON. Verdades.
MERCEDES. Pero no son
del caso.
BARON. Si ustéd se empeña.
(Tiene el corazon de peña.)
MERCEDES. (Es un malvado el baron.)
Si le place de una vez
volver la hoja.
BARON. Me place.
A mí siempre me complace
lo que la complace á ustéd.
Y usando de su infinita
amabilidad conmigo
diré como buen amigo
el por qué de mi visita.
Una cuestion que promete
ser dificultosa y grave
espone como ustéd sabe,
la vida del Gabinete.
Ha habido disgustos hartos,
sérias interpelaciones,
pues las mas sérias cuestiones
son las cuestiones de cuartos.
Y en esta grave contienda,
entre otros amigos mios,
he oido hablar de Rios
para ministro de hacienda.
Al saberlo dije, voy
á visitarle, llegué
aquí, no estaba, esperé
segun órden y aquí estoy.
MERCEDES. ¡Eso dicen!
BARON. Por ventura
le causa á ustéd estrañeza
oirlo? pues ahora empieza
á entrar en candidatura.

Y eso en un hombre de rango
y de importancia tambien,
casi es tener la sarten
agarrada por el mango.
Pues aunque se quede estática
Rios en cuestion rentística
es una figura artística,
una figura simpática.
Y hemos de ver su persona,
pues tal en decir se ha dado,
el dia menos pensado
ocupando una poltrona.

MERCEDES. ¡Habrá que tomarlo á risa! (Se sonrie.)
BARON. Riase usted lo que quiera.
MERCEDES. Hija, pasa. (Al ver á Felisa.)
BARON. (Está hechicera.)
A los pies de ustéd Felisa. (Se levanta.)

ESCENA IX.

Los precedentes y FELISA.

FELISA. Señor baron... (cada vez
me inspira mas repulsion)
tome usté asiento baron.
BARON. Con el permiso de ustéd. (Se sienta.)
FELISA. ¿Y qué se dice en la córte?
BARON. Buenas noticias circulan.
MERCEDES. De las gentes que pululan
y hablan solo por resorte.
BARON. No, Mercedes, no son tales
mis noticias, ciertas gentes
beben solo en las corrientes,
yo bebo en los manantiales.
FELISA. ¿Puede saberse cual era
la cuestion?
BARON. No es un misterio.
Que vacila el ministerio
y que entonces la cartera

de hacienda, está destinada
á su papá.

FELISA. ¡Quien se fija
en esas cosas!

MERCEDES. Mi hija
dice bien.

BARON. ¡Acaso es nada!

MERCEDES. Eso, baron, lo es cualquiera.
¿Quién á serlo aquí no aspira?
¿Quién es el que no suspira
por lograr una cartera?
Verá usted si algo se para,
pues juzgo que no deliro,
que hay quien dice, á serlo aspiro
sin tener bozo en la cara.

BARON. Es cierto existe ese mal,
mas tambien en ocasiones...

MERCEDES. Son pocas las escepciones
de la regla general.

ESCENA X.

Dichos y DON PASCUAL.

BARON. Hola, salud al futuro
ministro.

D. PASCUAL. Pst, tal han dicho
(Con fingida indiferencia.)
pero eso será un capricho...

BARON. Pues yo lo doy por seguro
porque ya en otra ocasion
circuló de boca en boca
su nombre.

D. PASCUAL. La suerte es loca
como ustéd sabe, baron,
y á fiarse de la gente
hoy se firma el nombramiento.

BARON. Voy á enterarme al momento.

D. PASCUAL. ¿A donde?

BARON. En la misma fuente.
(Se vá por el foro derecha.)

ESCENA XI.

Los precedentes, menos el BARON.

D. PASCUAL. Es un amigo el baron
que me gusta cada dia
mas.
MERCEDES. A mí no. (Con sequedad.)
D. PASCUAL. ¡Que manía
le has tomado!
FELISA. Y con razon.
D. PASCUAL. ¿Tu tambien? Eso lo dices
por decir algo, repito...
MERCEDES. Lo menos que es un bendito.
FELISA. O que nos hará felices.
D. PASCUAL. El me ha tendido su mano
generosa cual ninguna
y he de alcanzar la fortuna
con su influjo soberano.
MERCEDES. ¿Pero qué ambicionas dí?
(Con cariño y levantándose.)
¿No es tu hacienda numerosa
y no tienes una esposa
que se está mirando en tí?
D. PASCUAL. Cuanto hables está de más.
¡Pero en vano te lo indico!
Yo ya sé que soy muy rico
pero quiero serlo mas.
MERCEDES. ¿Es quizá poca fortuna
la que yá tienes en casa?
Dime, Pascual.
D. PASCUAL. (Oh, me abrasa
tanta plática importuna.)

ESCENA XII.

Dichos, EDUARDO, JUAN.

JUAN. D. Eduardo Guzman.
FELISA. (El es.)

D. PASCUAL. Que pase adelante
no recuerdo ese apellido.
¿Y tu? (A Mercedes.)
MERCEDES. Tampoco, (si, no cabe
duda, es él, ¿y que razones
serán las que aquí le traen?)
EDUARDO. Señoras... (Saludando.)
D. PASCUAL. Ahora recuerdo
haber visto ese semblante,
mas no sé á donde.
EDUARDO. Llegué
de Arganda, ayer por la tarde,
y en nombre de Julia, tengo
el honor de saludarles.
D. PASCUAL. Mucho agradezco el motivo
que á esta su casa le trae.
Pero yo ya recordaba
haberle visto á usted antes...
EDUARDO. ¡A mí! (he sido muy torpe)
Pues yo, no sé... (Cortado.)
D. PASCUAL. Es muy fácil
confundirse, será otro
parecido.
EDUARDO. Es muy probable.
D. PASCUAL. Pero á todo esto ustéd
no se sienta.
EDUARDO. He de marcharme
pronto. (Siéntase.)
D. PASCUAL. ¿Tiene usté acaso
asuntos que le reclamen?
Es muy natural, los jóvenes
son y han sido siempre iguales,
y á todos estas visitas
se hicieron insoportables
ustedes como no tengan
la salsilla... pues, no en valde
(Aludiendo á Felisa.)
ha pasado uno por ello,
se aburren en todas partes.
EDUARDO. (¡Que francote!)
D. PASCUAL. Pero usted
entre aquí como le agrade,

dejando los cumplimientos
á la puerta de la calle.

EDUARDO. Mil gracias.

D. PASCUAL. El solo título
de ser amigo... es bastante,
y si algo aquí necesita
tendré gusto en que me mande.

EDUARDO. Repito á ustéd. . (¡Oh, me gusta!)

D. PASCUAL. (¡Es un chico interesante!)

MERCEDES. ¿Y qué hay de nuevo en Arganda?

EDUARDO. Nunca ocurren novedades
en ciertos pueblos, jamás
de su antigua senda salen,
viviendo de su trabajo
tranquilos sus habitantes.
Ni se oye hablar de política
mande Juan ó Pedro mande,
al paso que aquí en la córte
de otra cosa hablar no saben.
Por ejemplo ahora los chicos
recorren todas las calles
pregonando el ministerio
que ha de jurar esta tarde.

D. PASCUAL. ¡El ministerio! (Sorprendido.)

EDUARDO. Si tal,
ahora acaba de formarse:
vea usted. (Le entrega un papel.)

D. PASCUAL. ¡Hombres gastados!
(Con desprecio.)

EDUARDO. Pues acaban de indicarme
que el de hacienda es entendido.

D. PASCUAL. En hacienda nada sabe,
suponga usted que ha servido
en carabineros reales
(Marcando la frase.)
toda su vida.

EDUARDO. ¡Es posible!

D. PASCUAL. Sabrá decir, alto y marchen,
pero no ha visto jamás
las casillas de un balance.

EDUARDO. Veo que son muy felices
las gentes de los lugares,

todo aquí son ambiciones,
pero ambiciones muy grandes.

(Movimiento de impaciencia en D. Pascual.)

MERCEDES. La ventura que allí gozan
es inmensa; inapreciable.

EDUARDO. Aborrezco á los que quieren
hácia otra esfera lanzarse
en alas de la ambicion.

D. PASCUAL. (Se me vá haciendo cargante.)
Conque hablemos de otra cosa.
Y ustéd piensa dedicarse...

EDUARDO. A la abogacía.

D. PASCUAL. Es bueno
el pensamiento.

MERCEDES. Laudable.

EDUARDO. Señora el que como yo
no tiene rentas muy grandes
si ha de vivir en el mundo
es preciso que trabaje.

MERCEDES. Sobre todo en estos tiempos
de tantas necesidades.

EDUARDO. Hoy es la verdad que todos
pretendemos ser iguales,
pero no siendo chiquitos,
al contrario siendo grandes.
Todos los hombres, recuerdo
que se contentaban antes
con vivir modestamente
en su casa, en sus afanes,
pero hoy es otra la esfera
en que quieren agitarse.
Y cual Icaro atrevidos
estienden sus alas frágiles
y á lo mejor de su vuelo
se les desprenden y caen.

(Señal de disgusto en D. Pascual.)

MERCEDES. Esa es la verdad.

EDUARDO. Señora,
al menos una gran parte
quieren ser un poco mas
de lo que pueden y valen.
Y en esta lucha contínua,

en esta pugna constante,
se amenazan y se pegan
se chocan y se deshacen.

MERCEDES. Es cierto.

D. PASCUAL. (¡Cuando yo digo
que se vá haciendo cargante!)
(Muy incomodado.)

EDUARDO. Y toda vez que cumplí
mi encargo de saludarles
con el permiso de ustedes... (Levantándose.)

D. PASCUAL. ¿Se marcha ustéd? Pues ya sabe
cual es su casa.

EDUARDO. La mia
en la Plazuela del Angel. (Entrega una targeta.)

MERCEDES. Hoy por la noche tenemos
reunion, si usted la honrase...

EDUARDO. El honrado seré yo.
Señorita... (Saludando á Felisa.)

FELISA. Que no faltes.

EDUARDO. Procura estar al balcon
á las cinco de la tarde.
(Se marcha por el foro derecha.)

ESCENA XIII.

Los mismos de la anterior menos EDUARDO.

MERCEDES. Es buen muchacho, me gusta.

D. PASCUAL. De esos que la córte atrae
deslumbrados.

MERCEDES. No lo creas.

D. PASCUAL. Si, Mercedes...

MERCEDES. Tu que sabes,
si no fuera por lo poco
que me gustan los refranes
yo te citaría uno...

D. PASCUAL. Pues no Mercedes, me haces
el favor de no decirlo. (Con disgusto.)

MERCEDES. ¡Y para qué si lo sabes!

D. PASCUAL. Lo que veo es tu tendencia

de salir á todo trance
de la córte y no te empeñes,
que por ahora no sales.
Yo tengo echadas mis cuentas
y hasta realizar mis planes,
no nos movemos de aquí.
¡Cuidado que sois tenaces!
Y ese niño que parece
que ya todo se lo sabe,
y que nos habla del mundo
con un tono despreciable
como el poeta que estaba
cansado ya de cansarse,
tiene mucho adelantado
para hacerse intolerable.
Y te digo y te repito
que si ambicion no le trae
será un milagro, Mercedes,
pero un milagro muy grande.

MERCEDES. Viene á trabajar.
D. PASCUAL. Lo dice.
MERCEDES. No ambiciona.
D. PASCUAL. ¡Quien lo sabe!
MERCEDES. Tiene carrera y...
D. PASCUAL. No importa.
MERCEDES. Me gusta.
FELISA. Es muy amable.
D. PASCUAL. ¿Tu tambien? él y vosotras,
habeis estado cargantes. (Se marcha.)
MERCEDES. ¡Te puso el dedo en la llaga
(Con mucha intencion.)
y ha debido lastimarte!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. PASCUAL y el BARON sentados á la inmediacion del velador. Desde la escena cuarta en adelante debe observarse movimiento de criados en el salon del fondo, y al terminarse el acto deberá estar completamente iluminado.

BARON. ¡Es gran negocio!
D. PASCUAL. Será,
no lo dudo, y sin embargo,
le aseguro á ustéd que siento
repugnancia al aceptarlo.
BARON. No sé la razon
D. PASCUAL. Yo si
la conozco,
BARON. Es necesario
prescindir de esos escrúpulos.
D. PASCUAL. ¡Hombre! Ustéd no es cristiano.
BARON. Y viejó, pluguiese á Dios
que ya no lo fuera tanto.
D. PASCUAL. Pero como ustéd conoce

quedará ese hombre arruinado...

BARON. ¿Y eso á nosotros que importa?

D. PASCUAL. ¡Baron, por todos los santos!...
es que la ruina de un hombre
es la de una casa.

BARON. Vamos,
usted ya no es de este siglo,
hoy levantar un palacio
sobre la ruina de otro
se está viendo á cada paso.
Hoy para lograr fortuna
en el mundo, es necesario
tener corazon de hierro
y ser despreocupado.
Además que si nosotros
el negocio no aceptamos,
ya que por casualidad
se nos viene entre las manos,
aceptará cualquier otro...

D. PASCUAL. Lo siento, mas sin embargo
si ustéd se empeña (Con repugnancia.)

BARON. Corriente,
esto queda de mi cargo.
¿Y hay nuevas de la Esmeralda?

D. PASCUAL. ¿De mi fragata? surcando
vendrá los mares,

BARON. ¡Tambien
es negocio!

D. PASCUAL. Estraordinario,

BARON. En ese no tengo parte,

D. PASCUAL. Ni le pese á ustéd, que tanto
puede tener ese asunto,
de bueno como de malo,
ustéd que conoce el mar
ya sabe que no es estraño
atraviese en veinte dias
un vapor el Océano;
si llega bien, es negocio
redondo, mas un naufragio,
se lo digo en confianza,
(Con mucho misterio.)
me dejaría arruinado.

Y ha dias que no recibo
noticias y como el charco...

BARON. No hay que temer,

D. PASCUAL. Yo, tal creo,

BARON. Con buen capitan y prácticos
marineros se domina
el furor del Océano,

D. PASCUAL. ¡Hola! (Mirando el relój y levantándose.)

BARON. ¿Qué hora tenemos?
(Levantándose tambien.)

D. PASCUAL. Son las cinco menos cuarto,
dispense ustéd un momento,

BARON. Yo, me retiro.

D. PASCUAL. Al contrario,
vá usté á venir con nosotros.

BARON. Si ustéd se empeña...

D. PASCUAL. Lo mando.
(Se retira por la izquierda.)

ESCENA II.

BARON, solo.

Bello es Madrid, encantador, la dicha
En Madrid nada mas tiene su asiento.
Y yo que por buscarla he recorrido
Sin jamás detenerme, el Universo,
Como el caballo de fogosa raza
Al sentir en su hijar el duro hierro,
Justo es que enfrene mi veloz carrera
Hoy que en mis manos la fortuna tengo.
¡Ay Mercedes! el hombre que te inspira
Repulsion nada mas, odio y desprecio
Rendirá tu altivez; nada resiste
Al que ha sido terror del mundo entero!
¡Cuantas mujeres como tu de altivas
A mis plantas, humildes se rindieron!

ESCENA III.

El precedente, **MERCEDES, FELISA y D. PASCUAL.** Los tres últimos saldrán en traje de calle. Mercedes y Felisa con elegante sencillez.

BARON. Señoras... (Saludando.)
D. PASCUAL. Ya el carruaje
á la puerta está esperando.
BARON. Cuando usted guste.
D. PASCUAL. Daremos
un paseo por el prado.
MERCEDES. (Que ceguedad) (Con sentimiento.)
FELISA. (Como siempre) (id.)
D. PASCUAL. Conque baron ¿vamos?
BARON. Vamos.

(Aparece Juan en una de las puertas.)

Se marchan por el foro derecha. Mercedes del brazo del Baron y Felisa del de D. Pascual.

ESCENA IV.

ANTOLIN y JUAN.

JUAN. Eso es, juntos, soberbio
(Viéndolos marchar.)
nada, mi amo, es atroz,
ANTOLIN. Ve preparándolo todo.
Que los muebles del salon
han de estar limpios, muy limpios,
pues ya sabes que al señor
le gusta todo en su punto
los dias de reunion.
Las alfombras, los espejos,
los cortinajes, y los...
JUAN. Diablos, que tengo mas ganas

de soltar el leviton,
la canoa y los galones,
que francamente, sino
fuera por la ley que tengo
á los amos...

ANTOLIN. El señor
se ha empeñado en que *tengamos*
los miércoles reunion.

JUAN. Y anda una marimorena
en esos dias, atroz;
y si fuera solo eso
vamos... pero lo peor
es lo peor, y á mi nadie
me la dá y vive Dios
que si cojo por mi cuenta
algun dia á ese baron... (Con ira.)

ANTOLIN. ¡Qué dices!

JUAN. Eso lo sabe
todo el mundo

ANTOLIN. ¿Eh?

JUAN. Yo soy
perro de buena nariz,
y presumo con razon,
que le gusta lo vedado,
y ha de saber quien soy yo.
Que si en el mundo no hay
justicia para el ladron
de honras, con estos puños
Sabré tomármela yo.

ANTOLIN. Será inútil que se empeñe (Con sinceridad.)

JUAN. Si que lo será, (id.)

ANTOLIN. Yo estoy
bien seguro,

JUAN. Y yo lo mismo.

ANTOLIN. Es una santa.

JUAN. Mas no
está libre de las críticas
del mundo murmurador.
Aquí la gente se muerde
que es una gracia de Dios.
Y yo ya sé que hay quien dice
que es un tonto mi señor...

por no decir otra cosa
que me callo...

ANTOLIN. Vaya, adios
á ver si lo dejas todo
reluciente, como el sol,
que para eso te han dejado
en casa; Ese salon...
(A Remedios.)
ayuda tu; es preciso
que ayudemos todos hoy.
(Se vá por el foro izquierda.)

ESCENA V.

REMEDIOS y JUAN.

Remedios con un plumero limpiará los muebles sin hacer caso de Juan que la mirará con atencion. Despues de un momento de pausa Remedios se asomará al mirador.

JUAN. Ya vendrá (Sentado y con intencion.)
REMEDIOS. ¿Quien?
JUAN. El sargento.
REMEDIOS. Pero Juan, no seas payaso.
¿No ves, que no te hago caso?
JUAN. Ven, y escúchame un momento
(Se levanta la coje de un brazo y la trae á la escena.)
REMEDIOS. ¡Oirte yo! ¿Y para que?
JUAN. para hablarte al corazon
REMEDIOS. ¿Alguna declaracion?
Ya te escucho.
JUAN. Escúchame:
Remedios, yo siento amor,
Remedios, mi alma te adora,
Remedios, mi pecho llora,
remedia, tu su dolor.
Si, Remedios, por piedad
remedia la pena mia,

devuélveme la alegría
remediando mi ansiedad.
Si quieres que medie el cura,
Remedios, medie enseguida;
entonces nuestra ventura
será eterna, sin medida.
Si, Remedios, siento amor
y de curarlo hay un medio,
dá Remedios el remedio
que remedie mi dolor. (Cae de rodillas.)

REMEDIOS. Já já que risa, es chistoso,
(Antolin entra.)

ANTOLIN. Bonita escena á fé mia
para una fotografía. (Se levanta.)

REMEDIOS. Te vieron haciendo el oso.

ANTOLIN. Ve á arreglar aquel salon (A Juan.)
y tu á limpiar esta sala (A Remedios.)
he venido en hora mala.
(Se marcha por el foro izquierda.)

REMEDIOS. Nunca en mejor ocasion.

ESCENA VI.

REMEDIOS, luego EDUARDO.

REMEDIOS. Dijo que á las cinco en punto
pasaría por aquí
y es preciso estar alerta
porque tiene que subir.
¡Oh! cuando mi señorita
se permite este desliz...
Pero veamos si viene (Se asoma al balcon.)
justo, asoma por allí;
y viene volando es claro.
¡Qué ha de hacer el infeliz!
El amor presta sus alas
á quien lo llega á sentir.
Le haremos seña, no entiende,
(Indicándole que suba.)
¡Jesus que torpeza! Si.

gracias á Dios que por último
ha decidido subir.
Un hombre bobo, no quiero
que se acerque nunca á mi.

EDUARDO. ¿Entro?

REMEDIOS. Adelante

EDUARDO. ¿Usted sola está?

REMEDIOS. Salieron ha poco
mas no tardarán,
ha breves momentos
mandó su papá
poner en el coche
el tiro alazan
y al prado se fueron
á todo trotar,
pero antes me dijo,
quien sabe usted ya,
las mismas palabras
que vá usté á escuchar.
Si ves á las cinco
que en ese portal
de enfrente parado
un jóven está,
que es rubio, elegante,
airoso, formal,
que todo de negro
vestido estará,
echando á estos sitios
amante visual,
le dices que suba
que espere y vendrá
mas tarde, quien calme
su pena, su afan,

EDUARDO. ¿Todo eso ella dijo? (Con satisfaccion.)

REMEDIOS. Todo, y mucho mas,
y al punto de verle
venir hácia acá
cai en la cuenta
de quien era el tal
pues estos amores
ya vienen de atrás,

EDUARDO. Es cierto.

REMEDIOS. De Arganda.
EDUARDO. Nacieron allá,
y el tiempo no puede
con ellos.
REMEDIOS. Estan
muy bien arraigados
EDUARDO. Mi dicha es amar
REMEDIOS. ¿Constante?
EDUARDO. Constante,
REMEDIOS. ¿De veras?
EDUARDO. Si tal,
REMEDIOS. ¿Siendo hombre?
EDUARDO. No importa,
soy firme en amar.
Mi amor es eterno, (Con pasion.)
sublime, ideal,
por que ella es mi vida
mi gloria, mi afan
REMEDIOS. (Bonita pintura
si fuera verdad)
y diga usted, sabe
todo eso el papá?
EDUARDO. Lo ignora.
REMEDIOS. Ay, entonces,
lo veo muy mal.
Yo creo que el amo
pretende algo mas,
ha echado unos humos
aquí ¡que ya, ya!
EDUARDO. ¡¡Qué dice!!
REMEDIOS. Yo, nada
de particular,
presumo que miras
muy altas habrá
acaso algun conde,
ó baron... (Marcando la palabra.)
EDUARDO. ¡Esto mas!
¡La ama el baron! (Desesperado.)
¡La ama!
REMEDIOS. No tal,
no digo yo tanto.
EDUARDO. Los celos ya estan

robando á mi alma
la dicha, la paz,
no oculte usted nada, (Con imperio.)

REMEDIOS. El tiempo hablará.

EDUARDO. Usted ahora mismo. (Con mucha energia.)

REMEDIOS. Pues no quiero hablar.
(¡Qué genio!) ahi se queda.
(Se marcha por el foro izquierda.)

EDUARDO. Horrible ansiedad.
¿Es fácil que ella
me deje de amar
prendada de un hombre
como ese? no tal,
su alma, es mi alma,
mi amor es su afan,
y en labios tan puros
no cabe maldad.
Mas alguien se acerca.
Veamos, es Juan,
con tacto y con maña
me voy á enterar.

ESCENA VII.

EDUARDO y JUAN.

JUAN. (Disputando con Remedios.)
Mejor, eso lo veremos
tu lo pierdes.

EDUARDO. ¿Con quien hablas?

JUAN. ¿Que con quien hablo? pues hablo
con esa limpia cucharas
que quiere darse en la córte
humos de marquesa.

EDUARDO. Vaya,
pues dejate de eso ahora
y óyeme; tu confianza (Con misterio.)
me inspiras, sé que tambien
tienes cariño á la casa.

Y vás á hacerme un servicio
de muchísima importancia.

JUAN. (Te veo, lo menos quiere
que la entregue alguna carta)

EDUARDO. Tu serás franco.

JUAN. He nacido
en la mismísima entraña
de Castilla; en Zaratan,

EDUARDO. ¡Zaratan!

JUAN. No está en el mapa.

EDUARDO. Pues bien, dime, has observado
si el baron viene á esta casa
por algo mas que amistad
á tu amo?

JUAN. (¡Santa Clara!
Este tambien sospechó,
que á mi señora...)

EDUARDO. ¿Te callas?

JUAN. Es que viene esa pregunta
lo mismo que una estocada.

EDUARDO. ¡Luego es cierto que el baron
la enamora! habla, habla
sin rebozo, claramente
di lo que sienta tu alma.

JUAN. Yo, se lo diria, pero
son cosas tan delicadas (Con repugnancia.)
ya ve ustéd, si sabe el amo
que yo...

EDUARDO. No te calles, habla.
(Con ansiedad.)

JUAN. Pues bien, si señor, es cierto,
¿á qué negarlo? la ama.

EDUARDO. ¡Estás seguro!

JUAN. Lo dice
todo el mundo.

EDUARDO. ¡Y yo que nada
he sospechado y lo saben
las gentes, qué ciego estaba!
¿Y D. Pascual?

JUAN. D. Pascual
ni esto, no sabe nada. (Con intencion.)

EDUARDO. ¿Luego es secreto?

JUAN. Esas cosas,
ya ve usted,
EDUARDO. ¡Horrible infamia!
¡Pero él, él!
JUAN. Como todos,
parece que están en babia
EDUARDO. De modo que no autoriza...
JUAN. ¡Como que! eso faltaba
(Admirado, para dejar comprender el equívoco.)
que autorizase que el otro
se entretuviese... caramba
sabe usted que la pregunta
me hace muchísima gracia?
EDUARDO. Pero dime, ella,
JUAN. Ella,
la verdad, es una santa
pero el hombre usted ya sabe
es fuego y la hembra...
EDUARDO. Calla,
JUAN. Y nadie puede decir
no beberé de este agua,
y tanto estiran la cuerda
que al fin y á la postre salta
EDUARDO. Si, ya entiendo
JUAN. Esto es verdad.
EDUARDO. ¡Oh me ha robado la calma.
Déjame.
JUAN. Este negocio
solo se arregla á puñadas,
y avise usted si al baron
hay necesidad de darlas.
(Se marcha.)

ESCENA VIII.

EDUARDO, solo.

¿Qué debo hacer? ¡y lo dudo!
Si de mi se olvida ingrata
debo arrancar de raiz

el amor que arde en mi alma.
¿Mas es posible que ella
ceda tambien deslumbrada?
No puede ser, esperemos,
si, corazon, calma, calma,
(Váse por el foro derecha)

ESCENA IX.

ANTOLIN, solo.

¡Jesus que caramba! Juan,
desde que ella le hace ascos,
tiene alterados los cascos
y se ha vuelto un aragan
ademas, aqui no hay órden,
ni sistema, esto me abrasa,
no es posible que haya casa
donde reine tal desórden.
¡Hola! se detiene un coche,
veamos, si, ellos son,
voy á arreglar el salon
para el baile de esta noche
(Se marcha.)

ESCENA X.

MERCEDES, FELISA y D. PASCUAL.

Mercedes se sentará junto al velador y hojeará un libro.

MERCEDES. Me encocora ese paseo
FELISA. A qué nos llevas al prado?
¡Hay un barullo!
MERCEDES. ¡Insufrible!
D. PASCUAL. ¿Donde quereis que vayamos?
Donde vá la gente

FELISA. Yo,
á un paseo retirado.
D. PASCUAL. ¡Quien diría que esta hija
no ha cumplido veinte años!
Aquello es la vida, aquello,
y si no gozais con tanto
bullicio, con tanta gente...
teneis el gusto estragado.
¿viste al general Gonzalez?
FELISA. ¿Al viejo aquel?
D. PASCUAL. Si, ese alto
y fornido,
FELISA. Ya recuerdo,
es aquel que se ha casado...
D. PASCUAL. Con su sobrina,
FELISA. ¡Qué horrible
es por mas señas, qué raro!
Con aquel color cetrino
y aquellos bigotes canos
asusta el pobre señor.
¿Y cómo se habrá casado
aquella chica?
D. PASCUAL. ¡Ya ves,
un general!
FELISA. Si, tan guapo (Con desprecio.)
D. PASCUAL. Pero que ciñe una faja
y ostenta dos entorchados,
que tiene honrosas heridas
y fama de ser un bravo
militar.
FELISA. ¿Y eso qué importa?
D. PASCUAL. ¡Cómo que!
FELISA. Que no hace al caso.
Su faja la habrá adquirido
á fuerza de dar sablazos,
y esas heridas que tiene,
alcanzadas en el campo
de batalla, á estas alturas
le darán ratos muy malos,
y tendrá tós y jaqueca
y dolores reumáticos,
lo que la verdad sea dicha

no es un porvenir tan grato
que seduzca, ni son títulos
para aspirar á la mano
de una jóven, que cual yo,
aprecie su dicha en algo.
La dicha está en el amor
y el amor hay que buscarlo
en un corazon ardiente
y no en un viejo gastado.

D. PASCUAL. ¡Quimeras!

FELISA. Realidades,

D. PASCUAL. Hija mia, estás soñando.
El amor ese frenético
que allá en los inciertos pasos
de la juventud, fascina,
es cual humo en el espacio,
se disipa poco á poco
con el soplo de los años.

FELISA. Poco á poco, has dicho bien,

D. PASCUAL. Pero se pierde

FELISA. Dejando
recuerdos inolvidables,

D. PASCUAL. Recuerdos, Felisa, vanos.
Y de esto en otra ocasion
pienso hablarte mas despacio
(A Mercedes.)
Mercedes, ese es el fruto
del gérmen que has arrojado.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XI.

MERCEDES, FELISA.

Mercedes seguirá distraida hojeando el libro.

FELISA. (No hay remedio, se lo digo,
¿Porqué he de callarlo ya?
¿No nos queremos?) mamá

MERCEDES. ¿Qué?
FELISA. Quisiera hablar contigo
(Con cortedad.)
MERCEDES. ¡Por eso bajas la frente!
FELISA. Es que...
MERCEDES. Habla.
FELISA. Quiero hablar.
Pero... mamá, francemente,
yo, no sé como empezar.
MERCEDES. Luego vá á tratarse aqui
de asunto muy grave...
FELISA. Mucho,
Es amor,
MERCEDES. ¡Qué es lo que escucho!
¿Y por Eduardo?
FELISA. Si,
MERCEDES. Ya lo esperaba, que son
achaques muy naturales
en vuestra edad,
FELISA. Son mortales
(Con espansion.)
angustias del corazon;
este amor es un afan
que se siente y no se nombra,
es un vapor, una sombra,
sueños que vienen y van,
es corona que redime
al alma y libra de pena,
y á veces dura cadena
que nos estrecha y oprime,
es un amor que la calma
nos roba y hace felices,
un amor, cuyas raices
se alimentan en el alma,
es tambien esa pasion
que dá ventura y enojos,
que se refleja en los ojos,
que vive en el corazon,
es esa pasion innata
en nuestro pecho, ese amor
mezcla de dicha y dolor
que dá la vida y que mata

y voy, para concluir,
á decirte, aunque te asombre,
que ignoro cual es su nombre,
que no lo sé definir.

MERCEDES. Hija mia, amor sincero
es ese, noble, ideal,
amor puro, celestial,
el único, el verdadero,
¡pero ay! que la flor mas pura
bajo el pétalo brillante,
guarda la espina punzante,

FELISA. No temas por mi ventura.
¿Siendo tan bueno papá
no ha de ceder? ¡oh me adora!
y al saber que su hija llora
de seguro cederá.

MERCEDES. En esta y otra cuestion
hija mia, te aseguro
que por mas que lo procuro
no le toco al corazon.
El quiere un hombre de porte
pues le ciega el falso brillo,
y quizá piensa en el pillo
mayor que encierra la corte,

FELISA. ¡Si volviéramos atrás!

MERCEDES. Pero hija, él es quien manda,

FELISA. Nuestra dicha está en Arganda

MERCEDES. En Arganda nada mas,
dime sino do sentias
ventura y dichosa calma
donde gozaba tu alma,
donde alegre sonreias,
allí do la sencillez
cierra el paso á la malicia,
no donde todo lo vicia
la sospecha y la doblez.
Yo que la verdad arranco
del misterio que la oculta,
sé lo que esconde esta culta
sociedad. Detrás del blanco
chaleco, bajo el color
que al ojo inocente alegra

hay cada conciencia negra
que horroriza y dá pavor.
Las flores que ves allí (En el salon.)
porque del suelo las quitan
observa que se marchitan
apenas entran ahi,
es que arrancan sus raices
los hombres con mano dura,
es que esa atmósfera impura
seca sus bellos matices.
Si hija mia, el oropel
(Entra D. Pascual.)
le ciega ¡cuanto lo siento!

FELISA. Hele allí,

MERCEDES. ¡Viene contento!
Déjame sola con él.

FELISA. ¿Le vas á hablar de mi amor?

MERÇEDES. Calla; se acerca. Veamos:
(Se marcha Felisa.)

ESCENA XII.

MERCEDES y D. PASCUAL.

D. PASCUAL. Chica, chica, progresamos (Con alegria.)
como hoy vá todo, al vapor,
mi suerte es maravillosa
estraordinaria, admirable,
sorberbia, chica, envidiable,
soberana, portentosa.
¡Ya se vé! ese baron
es un hombre que lo entiende,
el negocio que él emprende,
tiene feliz conclusion.

MERCEDES. Me alegro de que te elija
la fortuna por su ahijado
siéntate.

D. PASCUAL. Ya estoy sentado.

MERCEDES. Voy á hablarte de tu hija

D. PASCUAL. Empieza,

MERCEDES. Si te dijera
Felisa quiere casarse...
D. PASCUAL. Eso merece pensarse
y segun con el que fuera
daria mi parecer.
MERCEDES. En mi juicio la conviene
y ya tu ves...
D. PASCUAL. Si, no tiene
mas carrera la mujer
MERCEDES. Es simpático, modesto,
de sencillo corazon
virtuoso...
D. PASCUAL. ¿Y posicion?
MERCEDES. Abogado,
D. PASCUAL. Deja esto
(Levantándose con mucha rapidez.)
MERCEDES. La chica está enamorada,
lo conozco, me lo ha dicho (Levántase.)
D. PASCUAL. ¿Y he de ceder á un capricho?
MERCEDES. Pero dime...
D. PASCUAL. Nada, nada,
yo sospecho y con razon,
por mas que oirlo te asuste,
que nuestra chica le guste...
MERCEDES. ¡A quien!
D. PASCUAL. ¿A quien? al baron.
MERCEDES. ¡Al baron! nunca, Pascual, (Enérgicamente.)
Huyamos de aqui, es mi tema.
D. PASCUAL. Dios me dé bastante flema...
MERCEDES. Cede por ella,
D. PASCUAL. No tal,
pretendes vuelva á mis ócios
de antaño, en este momento,
cuando han tomado incremento
admirable mis negocios?
En estos momentos críticos,
ceder á tu afan tiránico,
era producir un pánico
en los círculos políticos.
Por ser tan solo baron
que se case, no es mi afan,
yo sé muy bien el refran

de que sin el din, no hay don,
pero unido lo que el tiene
á lo nuestro... ya lo creo,
magnífico, lo deseo,
¿quien lo duda? nos conviene.
¡Tu no sabes lo que dices!
¡Tu deliras sin remedio!

MERCEDES. De convencerte no hay medio.
Y hemos de ser infelices
mas si llegara ese caso,
que Dios permita que no,
recuerda Pascual que yo
lo quise evitar,

D. PASCUAL. ¡Que paso
hacemos á cada instante!
¡Mire usted que es fuerte empeño!
¿Hasta que yo arrugue el ceño
vas á seguir tan cargante?
Deja esas obcecaciones,
que no soy un badulaque,
la muger al miriñaque,
y el hombre á sus pantalones.

MERCEDES. Pero hombre...

D. PASCUAL. ¡Vuelta á lo mismo!

MERCEDES. Si, de impaciencia me abraso
porque Pascual, cada paso,
mas nos acerca al abismo.

D. PASCUAL. ¿Pero qué abismos son esos
que tu con la vista abarcas?
Los abismos son mis arcas
mis arcas llenas de pesos.

MERCEDES. ¡Tus arcas! las ambiciones
que nos tendrán que perder

D. PASCUAL. Tú me vás á convencer
de que estás viendo visiones
por tu mal y por mi mal.
¿Tú no ves que mi fortuna
prospera como ninguna
prospera en la capital?
¿Tú no ves mi estraordinario
crédito que el mundo llena?
¿Mi fama que ya resuena

porque soy un millonario?
Es verdad que peso á peso
no cuento muchos ahora.

MERCEDES. Y que cambia en una hora
la suerte

D. PASCUAL. ¡Quien piensa en eso!

MERCEDES. Un leve rumor mancilla
un nombre y si piden todos...

D. PASCUAL. Mas de evitarlo hay mil modos
y no es cosa tan sencilla. (Pausa.)

MERCEDES. ¿Hay nuevas de la fragata?

D. PASCUAL. No,

MERCEDES. Pues me pone en cuidado,
que hay que temer cuando airado
el mar su furia desata.

D. PASCUAL. Si has de seguir pesimista,
como hace tiempo te veo,
yo, francamente, preveo
que no habrá quien te resista.
¡Cuanto me alegro! El baron...

BARON. ¿Se alegra Usted?

D. PASCUAL. Adelante
llega usted en buen instante
nunca en mejor ocasion.

ESCENA XIII.

Los precedentes y el BARON.

BARON. Mucho me place.

D. PASCUAL. Desdeña
Mis razones, mi mujer,
y no hay remedio, en volver
á nuestro pueblo se empeña.
¿Qué dice usted?

BARON. ¡Que me estraña!

D. PASCUAL. Ya raya en obstinacion.

BARON. ¡Preferir un poblachon

á la capital de España!
¡Qué delirio!

D. PASCUAL. Todo el mundo
dirá lo mismo.

MERCEDES. ¡Qué quieres,
aprensiones de mujeres!
Ya ves, en nada me fundo.

D. PASCUAL. Y dices una verdad.
El Baron de San Andrés,
se opone, como ya ves,
y nos profesa amistad.
Y siendo tan verdadera
la suya, como la mia
hácia él, nos propondria
lo que no nos conviniera?

BARON. Aquí todo se concilia
amistad, fortuna...

MERCEDES. Puedes (A Mercedes.)
oirlo.

BARON. Yo miro á ustedes
ya, como de mi familia.

D. PASCUAL. ¡No faltaba mas!

BARON. Así
lo hago.

D. PASCUAL. Yo su consejo (Bajo al Baron.)
seguiré.

BARON. A perro viejo...
(Id. á D. Pascual.)

D. PASCUAL. Qué saben ellas.

BARON. De mí
fiesé.

D. PASCUAL. Tengo que hacer
y mientras vuelvo, Baron,
haga usté entrar razon
si es posible á mi mujer.

ESCENA XIV.

MERCEDES, BARON.

A la escena anterior debe seguirse un momento de pausa. Mercedes continuará sentada y el Baron aproximando un asiento, se colocará á su lado.

BARON. (Llegó ya el instante; audacia
y dé principio el asedio.)
¿Con que se vá sin remedio?
MERCEDES. Sin remedio.
BARON. La eficacia
de mis consejos de amigo
bastarán...
MERCEDES. Mucho lo siento
pero vá ese pensamiento
hace ya tiempo conmigo.
Y usted debe comprender (Con intencion.)
en su buen juicio, Baron,
que me obliga una razon
poderosa, á no ceder.
BARON. Mercedes, yo no concibo
el por qué de ese viaje.
Yo creo que es un ultrage...
MERCEDES. ¿A la sociedá en que vivo?
BARON. Y á ciertas personas, mas.
MERCEDES. Tal vez. (Marcando las palabras.)
BARON. Y á mi me maltrata
la idea de verla ingrata,
como no esperé jamás.
MERCEDES. Esplíquese usted Baron.
BARON. Señora, sí que lo haré.
MERCEDES. Me place.
BARON. Y la pintaré
tal cual es mi posicion.
Mercedes usted lo manda
y complacerla es muy justo;
ha dos años tuve el gusto

de conocerla en Arganda;
y desde aquella ocasion
sufro en silencio y aguardo
yo creo que llevo un dardo
clavado en el corazon.
Al separarme, sufrí
dolor agudo en el alma,
y desde entonces la calma
y la dicha huyó de mí.
Por esta razon, señora,
de mi amistad hice uso
con su marido, y dispuso
venir á la córte; ahora,
¿diré que yo le he impulsado?
Es inútil; porque todo
á mí lo debe; yo el modo
de levantarle he hallado,
yo su renombre alcancé,
y en cambio de mis afanes
ya coronados mis planes,
aspiro á un favor de usté.

MERCEDES. Sepamos.

BARON. La oscuridad
es propensa á confusiones
y yo en todas las cuestiones
deseo, la claridad.
Y, señora, en la presente
es precisa, necesaria,
siendo una verdad palmaria
el afan que mi alma siente,
siendo cierto, por mi honor
que adoro con frenesí
que siento constante aquí
la firmeza de mi amor.
Y este amor que me devora,
esta locura insensata,
esta pasion que me mata,
me la inspira usted señora.

MERCEDES. Gracias, Baron, á fé mia (Se levantan los dos.)
que me sirve de consuelo
ver ya descorrido el velo
que hace tiempo le cubría:

pero me causa dolor
que el lábio de usted se abra
á dar paso á una palabra,
y esa palabra, es amor. (Indignada.)
¡El Baron de San Andres
la pronuncia, el hombre vil,
el miserable reptil
que se arrastra ante mis pies!
(En el colmo de la indignacion.)

BARON. Señora, en esta ocasion
debemos hablar con calma,
porque quiero hablarla al alma.

MERCEDES. ¿Usted al alma Baron?

BARON. Yo, señora.

MERCEDES. Alarde necio
en esas palabras noto:
no ve usted que le derroto
con las armas del desprecio?

BARON. Quizá con esos agravios
quiera exaltar mi razon;
pero en vez de agravios, son
flores que brotan sus lábios,
por eso escucho sus duras
razones, á sangre fria,
pues las victorias de un dia
ni halagàn, ni son seguras.
Y yo, Mercedes, abrigo
profundo convencimiento
de lograrla, y hasta siento
su voz, llamándome amigo.

MERCEDES. Nunca, Baron.

BARON. Oiga usted,
y reflexione con calma,
porque quiero hablarle al alma,
se lo repito otra vez.

MERCEDES. Enojosa se me hace
esta entrevista.

BARON. Lo veo.

MERCEDES. Y que se abrevie deseo.
(Señalando con la mano la puerta de salida.)
Se abreviará, si la place;
ya dije que sí ha logrado

renombre y fama su esposo
se lo debe al poderoso
ausilio que le he prestado.

MERCEDES. Señor Baron, si es así
yo desprecio esos honores.

BARON. Sigamos, esos favores
todos me los debe á mí.

MERCEDES. Nunca; su honradez notoria...

BARON. La tiene, de ello no cabe
duda, mas el mundo sabe
á su manera esta historia.
Sospecha que sin razon
poderosa, no tendría
yo tal interés y hoy dia
murmura el mundo.

MERCEDES. ¡Baron!

BARON. No hay que asustarse señora:
proseguiré mi relato
con la verdad, porque trato
de hablar francamente ahora.
La gente de usted murmura
y de mi; ese derecho
lo tiene, y comenta el hecho
á su placer.

MERCEDES. ¡Por ventura!...

BARON. Sospechan que está perdido
el honor de la mujer.

MERCEDES. ¡Cielos!...

BARON. Y puedo perder
la fortuna del marido.
Si á tiempo una voz se lanza
que á la gente de dinero
alarme, pierde el banquero
de todos la confianza.
Pues voz que así se desliza
de la bolsa en el camino
obliga á perder el tino
á la gente asustadiza.

MERCEDES. ¡Apelando á esos remedios
tan propios de un alma ruin!

BARON. Señora, en llegando al fin
nada me importan los medios.

MERCEDES. Sí, es verdad. (Con desprecio.)
BARON. Y suceder
podrá muy bien todo eso.
MERCEDES. Pero siempre saldrá ileso
el honor de la mujer.
BARON. Ya la crítica mordaz
lo ha arrastrado por el lodo.
MERCEDES. Sí, Baron, usted de todo
lo innoble... será capaz.
BARON. ¿Le merezco esa opinion?
MERCEDES. Esa.
BARON. Y yo sentiré
obrar así.
MERCEDES. Obre usté,
como le plazca, Baron,
que el castigo de esa ciencia,
que no envidio para mí,
lo llevará usted, ahí,
Siempre fijo en la conciencia.
Esta es Baron la verdad
que en calma el lábio le indica.
¿Mas que decir al que abdica
de su propia dignidad?
BARON. ¿No cede usted? Probaré
si hay otro medio que cuadre,
si no á la esposa, á la madre
de seguro venceré.
MERCEDES. ¡A la madre!
BARON. Sí, señora.
MERCEDES. ¡Usted medita una horrible
trama! (Con ansiedad.)
BARON. Será muy posible:
pero escuche usted ahora.
Don Pascual, es poderoso
y en su afan de figurar
un título quiere dar
á su hija para esposo,
y presumo con razon,
aunque ese pecho se aflija
que entregaría su hija...
MERCEDES. ¡A quien, á usted!
BARON. Al Baron.

Y esta tambien es verdad
para usted muy dolorosa,
pues si llega á ser mi esposa
haré... su felicidad, (Con sarcasmo.)
Por lo tanto si no alcanza
mi amor compasion de usté
esta noche pediré
su mano... Una esperanza
(Aparece D. Pascual.)

MERCEDES. (Oh, sí, sería capaz...) (Vacilando.)

BARON. ¿Con que espero la respuesta?
(Saluda el Baron y se marcha.)

MERCEDES. La daré. ¡Cuanto me cuesta
Dios mio su terquedad!

ESCENA XV.

MERCEDES, BARON y DON PASCUAL.

El Baron encontrará á este último junto á la puerta y allí sostendrán el diálogo siguiente:

D. PASCUAL. Venga un abrazo.
(Con la mayor ingenuidad y satisfaccion.)
Muy bien, he oido
que acaba de darle
esperanza. Está visto
que usted es el hombre
que yo necesito.

BARON. Pues todo se alcanza
obrando con tino.

D. PASCUAL. Y usted tiene siempre
un tacto, esquisito...
¿Vendrá usté en seguida
supongo?

BARON. Ahora mismo.
(¡Qué pobre tan pobre!)

D. PASCUAL. ¡Que listo tan listo!
¡Hola, hola! parece (A Mercedes.)
que te ha convencido.
Si tiene una lógica
cual otra no he visto.

No en valde me tiene
á mí seducido.
Y al fin yo no soy
tampoco un chiquillo.
¡No hay duda, el Baron,
es todo un amigo!

(Entra en su habitacion.)

ESCENA XVI.

MERCEDES sola. Pausa.

¡El guante me arroja!
Luchar es preciso,
y aunque es poderoso
y audaz mi enemigo,
no importa, jamás
yo cedo el camino
si vá la justicia
como ahora conmigo.
¿Presumes vencer?...
Te engañas, tu mismo
me has dado las armas.
Mas yo necesito
quien preste á mis planes
su apoyo, su auxilio... (Pausa.)
¡Qué idea! Eduardo.
Sí, sí, es preciso
hablarle. Baron,
Baron, te has vendido!

ESCENA XVII.

MERCEDES y FELISA.

FELISA. Mamá.
MERCEDES. Eres tu, me alegro,
ven aquí.

FELISA. Aquí me tienes
¡Estas triste!
MERCEDES. No.
FELISA. No hay duda
algo pasa, tu padeces.
¿Es acaso que papá
á mi amor no condesciende?
Pues no te apures, no importa,
si por el pronto no cede
cederá mas adelante
que eso ha sucedido siempre.
MERCEDES. Tienes razon.
FELISA. Dios, mamá,
las buenas causas protege,
y si principia la lucha
nuestros serán los laureles.
¡Es posible alzar obstáculos
entre dos que bien se quieren!
No temas, mamá, el amor
del alma, todo lo vence.
MERCEDES. ¿Y Eduardo?
(Llaman.)
FELISA. Vendrá pronto.
MERCEDES. Llaman.
FELISA. Pues sin duda viene
(Se acerca á la puerta.)
MERCEDES. ¡Dios mio no me abandones!
FELISA. (¡El es!) Mamá, condesciende. (A Eduardo.)

ESCENA XVIII.

Los precedentes, EDUARDO.

EDUARDO. Señora, á los pies de usted,
acepté su ofrecimiento
y tengo otra vez el gusto
de ofrecerla mis respetos.
MERCEDES. Mil gracias, pero ante todo
sírvase tomar asiento (Se sientan.)

y oirme, pues de un asunto
muy grave, que hablarle tengo.

EDUARDO. Señora cuando usted guste
puede empezar.

MERCEDES. Pues empiezo:
hoy necesito un amigo
franco, leal, verdadero.
Y usted como interesado
en lo que en este momento
me preocupa...

EDUARDO. Si usted
conoce que en algo puedo
serla útil...

MERCEDES. Quien lo duda.

EDUARDO. Mande usted.

MERCEDES. Así he de hacerlo
pues necesito su apoyo
á la vez que sus consejos.

EDUARDO. Señora, tal vez no pueda
responder á ese deseo.

MERCEDES. ¿Le falta á usted voluntad?

EDUARDO. En todo caso talento.

MERÇEDES. El corazon en mi juicio
dá los mejores consejos,
y unido su corazon
á su buen entendimiento
espero que me los dé
tal como yo los deseo.
El amor de usté á mi hija
tal cual es, yo lo comprendo
y desde ahora le digo
sin vacilar, que lo acepto.
Es el Mentor de mi esposo
un miserable, un perverso,
y esta boda no se hará
si obedece sus consejos,
pues yo sé que hácia ella tiene
el tal Baron, sus proyectos.
Para evitar su influencia
es preciso en mi concepto
huir de aquí, donde no
se goza paz ni sosiego.

EDUARDO. ¿Y cómo lograrlo?
MERCEDES. Ya
he discurido yo un medio
que me parece aceptable.
EDUARDO. Diga usted. (Con ansiedad.)

ESCENA XIX.

DICHOS y D. PASCUAL.

D. PASCUAL. ¡Qué es lo que veo!
¡Aquí vosotros aun
y está el salon casi lleno!
No me puedo convencer
de las cosas que estoy viendo
á cada instante.
MERCEDES. Ya voy.
D. PASCUAL. Si, ya irás, ¡válgame el cielo!
Está allí el marqués del Rayo,
la baronesa del Trueno,
el conde de la Tormenta
y su consorte, un portento
de belleza y de elegancia.
¡Que trage trae tan soberbio!,
¡con una cola que arrastra
vara y media por el suelo!
MERCEDES. (¡Y cuantos pobres desnudos
estarán al mismo tiempo!)
D. PASCUAL. Trae tambien un miriñaque
tan atroz, tan estupendo,
que es preciso hablarla á voces
á distancia de ocho metros.
Y vosotras nada, nada,
trascendeis á lugareño.
Y yo no sé que dirán
de nosotros...
MERCEDES. Al momento
vamos. (Entra el Baron.)

D. PASCUAL. Adelante, es claro,
todos os echan de menos.
¡Me estais quemando la sangre!

ESCENA XX.

DICHOS, BARON.

MERCEDES á Eduardo. En el salon hablaremos.
EDUARDO á Felisa, Tambien nosotros Felisa.
FELISA. ¿Por qué me pondrá ese gesto?
D. PASCUAL al Baron. ¡Que dice usted amigo mio!
BARON. Que he echado á ustedes de ménos
y la impaciencia que siempre
por saber de todos tengo
me hace venir.
D. PASCUAL. Muchas gracias.
(A Mercedes.) (Habla mujer.)
BARON. Están llenos
los salones.
D. PASCUAL. Se lo he dicho.
BARON. Y esta reunion, preveo
que ha de ser notabilísima.
(A Mercedes) Y usted que dice?
(Con mucha intencion.)
MERCEDES. Yo, tengo
La misma opinion. (Id.)
D. PASCUAL. (Bajo al Baron) Si usted
logra conseguir... aquello,
los recuerdos de esta noche
serán imperecederos,
con que déla usted el brazo...
BARON. Señora mia, obedezco,
D. PASCUAL. (Bajo al Baron.) Insista usted.
MERCEDES. (¡Esta prueba
me faltaba!) (Tomando el brazo.)
BARON á Mercedes. Qué momentos
tan largos. (Dirigiéndose al salon.)
MERCEDES. Es la verdad
señor Baron, son eternos.

D. PASCUAL á Eduardo. Usted á Felisa.
FELISA. Gracias
que tiene un buen pensamiento.
(Toma el brazo de Eduardo y se van detras de Mercedes y el Baron.)
D. PASCUAL. Y aun insiste mi mujer
en que volvamos al pueblo,
cuando yo estoy en la córte
como el pájaro en el viento.
(Se marcha hácia el salon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

ANTOLIN, durmiendo en una butaca. Hasta que se indique otra cosa debe hablar como si fuese víctima de una pesadilla.

Si, señor, somos felices.
Mayoral, que ande esa mula.
¡Gracias á Dios! Ya respiro
de otro modo. La frescura
del campo... ya no volvemos
á Madrid, aquella turba
engañosa... aquel Baron
¡Que malo! ¡Dios le confunda!
¡¡Las torres!! ¡Ah, que alegría!
Ya se ven. Ya nos saludan
las gentes... venid, venid
(Despierta y se levanta.)
á mis brazos. ¡Ah! la una
de la tarde. Es natural,

quien no ha trasnochado nunca
que ha de hacer mas que dormirse
en la mejor coyuntura.
El Baron.

ESCENA II.

ANTOLIN el BARON.

BARON. Felices tardes.
ANTOLIN. Téngalas usted muy buenas.
BARON. ¿Como ha pasado la noche?
ANTOLIN. Ya ve usted con esa nueva...
BARON. Mala fué.
ANTOLIN. Una fragata
de construccion tan moderna,
forrada en cobre, espaciosa,
de tanto andar.
BARON. Buena pieza.
ANTOLIN. De modo que no es estraño
que al recibir la funesta
noticia de ese naufragio,
aquel insulto le diera.
BARON. Le aseguro á usted que fué
infinita la sorpresa
de todos.
ANTOLIN. En un momento,
quedó la sala desierta.
BARON. ¿Y no se ha salvado nadie?
ANTOLIN. Ni un grumete. La tormenta
fué terrible. ¡Y quién resiste
de los mares la soberbia!
BARON. Y luego como el naufragio
tiene tanta trascendencia...
ANTOLIN. No tal.
BARON. ¡Es un golpe atroz!
ANTOLIN. Nada hay que temer.
BARON. Afecta
directamente...

ANTOLIN. No tanto
que dé lugar á una quiebra.
BARON. ¡Que diantres! usted á mi
debe hablarme con franqueza.
Por el afecto entrañable
que D. Pascual me profesa
deberá usted suponer
que estoy al cabo de ciertas
interioridades...
ANTOLIN. Si,
es verdad, quien se lo niega.
BARON. Y yo sé que este suceso
tan grave, le desconcierta.
ANTOLIN. Pues entonces es inútil
guardar con usted reserva.
BARON. ¡Ya ve usted!
ANTOLIN. Y por lo tanto
voy á hablarle con entera
confianza.
BARON. (Ya caiste.)
ANTOLIN. La casa vacila, tiembla, (Con misterio.)
y segun tengo entendido
nos amenaza una quiebra.
(Con mucho misterio.)
Multitud de acreedores
al saber la mala nueva
están haciendo efectivas
grandes sumas, y si arrecia
la tempestad, yo no sé
cual será la suerte nuestra.
Yo todo esto se lo digo
en calidad de reserva
y para que ayude al amo,
al pobre, con una seda
se le ahoga.
BARON. Con mi apoyo
franco, ya sabe que cuenta
porque yo soy siempre el mismo.
ANTOLIN. ¡Y quien dudarlo pudiera!
BARON. Yo procuraré... (zanjar
lo antes posible mis cuentas.)
ANTOLIN. ¡Pues no faltaba otra cosa!

BARON. ¡Yo abandonarle!
ANTOLIN. Bajeza
semejante, no es creible
en usted, ni tal ofensa
le hago yo, líbreme el cielo.
BARON. En ocasiones como estas
se conocen los amigos.
ANTOLIN. Ojalá que todos fueran
como usted, mas no es así,
y si Dios no lo remedia,
vamos á pedir muy pronto
limosna de puerta en puerta.
¡Y quien nos lo hubiera dicho!
Una casa como esta,
tan fuerte, tan... (Te has tragado
el anzuelo.)
¡Qué sorpresa
la de anoche!
ANTOLIN. Le aseguro
que fué una noche de prueba.
El mar desgraciadamente
nos sorprende con frecuencia
del mismo modo. Tambien
yo al recordar la tremenda
noche del tres de Setiembre...
BARON. ¿De qué año? (Con ansiedad.)
ANTOLIN. Del cuarenta
y dos.
BARON. ¡¡Del cuarenta y dos!!
(Muy sorprendido.)
ANTOLIN. ¡Le estraña á usted!
BARON. No, no es esa,
yo tambien hago memoria...
(Disimulando.)
Aquí... en Madrid...
ANTOLIN. (¡Qué sospecha!
Está convulso!)
BARON. Dejemos
esto.
ANTOLIN. Si, como usted quiera.
(¡Será posible que este hombre!)
BARON. (¡Qué estraña coincidencia!)

Este hombre no es posible
que presenciara la escena
de sangre que me horroriza.)

ANTOLIN. (¡Le está hablando la conciencia!)

BARON. Con que volveré mas tarde.
(Le adularé.) (Tendiéndole la mano.)

ANTOLIN. Hasta la vuelta.
(Fijándose en la sortija del Baron.)
¡Esta sortija! No hay duda,
parece la misma, aquella
de mi amo, siento arder
un volcan en mi cabeza. (Pausa.)
¡Oh! yo le ví retorcerse
lo mismo que una culebra
á mis pies. Pero no es fácil
que pronto auxilio le dieran
y una vez vuelto á la vida
á la córte se viniera
para tratar de cubrir
con títulos de nobleza
su vergonzoso pasado,
su historia horrible, sangrienta.
Oh, no hay duda, ese Baron
es él, el pirata, tiembla,
cobarde, infame, asesino,
teme aun, yo tengo pruebas.
¡Pensaste quedar impune,
oh, no, no, hay Providencia!
(Se marcha por el foro).

ESCENA III.

MERCEDES, FELISA.

FELISA. No, mamá.

MERCEDES. Si, hija mia
si aquel dolor tan profundo
le arrebatara del mundo,
no me lo perdonaría.

FELISA. Hoy ya le tienes tan sano

como siempre le has tenido.
¿Tú no ves que le ha pedido
anoche, el Baron, mi mano?
¡Qué chasco el suyo! Me alegro.
¡Vá á ser la cosa mas rara!
¿Dime, no viste en su cara
pintado el humor mas negro?
Qué dijiste al tal Baron,
que estaba tan mústio y tan...

MERCEDES. Verdades de esas que van
directas al corazon.

FELISA. ¡Oh! te ensañaste con él.

MERCEDES. El alma suya es de cieno.
Ese hombre todo es veneno,
todo maldad, todo hiel.

FELISA. Que amor á mi no le guia
nadie dudarlo podrá.
¿No te parere mamá?

MERCEDES. Tienes razon, hija mia.
Otro móvil al Baron
impulsa y senda le traza
y ese móvil lo rechaza
tu sencillo corazon.
No aciertas á comprender
el móvil que yo te pinto
pero hay un secreto instinto
que te lo hace aborrecer.
Hay algo oculto, ignorado,
algo que no tiene nombre,
que te grita, de ese hombre,
huye siempre, es un malvado.
Y esa oculta inteligencia
hija, no arranca del suelo,
esa voz baja del cielo
á velar por la inocencia.

FELISA. Es cierto, veo un abismo
como tú, lleno de horrores
y aunque con otros colores
te hubiera dicho lo mismo.

MERCEDES. Esa es la verdad.

FELISA. La siente
mi corazon. ¿Dónde vas?

MERCEDES. A verle un momento.
FELISA. Estás...
MERCEDES. ¡Cómo he de estar! impaciente.
(Se marcha por la izquierda.)

ESCENA IV.

FELISA, EDUARDO.

FELISA. ¡Oh! cuanto tarda Eduardo
no acostumbra á ser así.
EDUARDO, ¿Felisa?
FELISA. Ah, estás aquí.
EDUARDO. A probarte que no tardo
como supones.
FELISA. ¿Y ha vuelto
á tu corazon la calma?
¿Vive tranquila tu alma?
EDUARDO. ¡Te burlas!
FELISA. No, he resuelto
ya que tan pronto te dejas
sorprender, interrogarte.
EDUARDO. Pues hoy no tengo que darte,
como de costumbre, quejas.
FELISA. ¡Oh, me alegro!
EDUARDO. ¿Y tu mamá?
FELISA. En este mismo momento
ha dejado este aposento
pero pronto volverá.
EDUARDO. Yo el desenlace ya toco.
(Con misterio y alegria.)
FELISA. ¿De veras?
EDUARDO. Lo que te digo.
FELISA. ¿Bajo palabra?
EDUARDO. De amigo.
FELISA. ¡De amigo no mas! Es poco.
EDUARDO. Es fuerza que te contentes
por ahora.
FELISA. Ya lo veo.
EDUARDO. Mas adelante...

FELISA. Yo creo
Eduardo, que no sientes (Como resentida.)
EDUARDO. ¿Por qué no?
FELISA. Eres oprobio
de amantes, y no me arguyas
sosadas como las tuyas
no las tiene ningun novio.
EDUARDO. ¿Quieres que te llame hermosa
y flor gentil escogida
para perfumar mi vida
con su esencia deliciosa?
¿Que entre raudales de llanto
te hable de las mil venturas
con que las horas futuras
calmarán nuestro quebranto?
¿Que las tristes penas mias
te cante en tonos diversos
y que te escriba mil versos
con veinte mil tonterías?
No, Felisa, así se gasta
el tiempo y el tiempo es oro,
yo solo sé que te adoro
y con saberlo, me basta.
FELISA. Si digo que eres oprobio
de amantes y no me arguyas,
sosadas como las tuyas
no las tiene ningun novio.

ESCENA V.

Los anteriores y **MERCEDES.**

MERCEDES. ¡Ah! Eduardo...
EDUARDO. A los pies
de usted.
MERCEDES. (Mi pecho se alegra
al verle aquí.) ¿Se arregló
el asunto de las dehesas?
EDUARDO. Hace poco tiempo estuve
á ver á D. Pablo Iglesias,

y en efecto, como usted
me dijo anoche, desea
comprarlas.

MERCEDES. En ese caso
tómese usted la molestia
de formalizar cuanto antes
ese negocio.

FELISA. ¿La venta?

MERCEDES. Si, hija mia, es preciso
vivir con mucha cautela
y prevision en el mundo,
hoy llaman á nuestras puertas
muchos alarmados ya
por el temor de una quiebra
y no quiero que tu padre
en tal estremo se vea.
Y ya que usted es tan amable (A Eduardo)
que se toma la molestia
de activar ese negocio...

EDUARDO. Haré lo que usted desea.

FELISA. Se marcha usted?

MERCEDES. Corre prisa.

EDUARDO. Estaré pronto de vuelta.
(Se marcha por el foro derecha.)

MERCEDES. Hasta luego, es necesario
hija vivir muy alerta
porque aquellos que en las horas
de ventura nos rodean
y adulan, son los primeros
que en la desgracia nos dejan.
Y como todos suponen
que nuestra desdicha es cierta
tratan de poner en salvo
sus capitales...

FELISA. ¡Que buena
leccion!

MERCEDES. Tu padre caerá
al fin y al cabo en la cuenta,
pues en mi juicio el baron
no resistirá esta prueba.
(Se marchan por la izquierda.)

ESCENA VI.

ANTOLIN, luego D. PASCUAL.

ANTOLIN. Ese hombre es mi tormento, (Preocupado.)
mi sombra, mi pesadilla,
y voy á volverme loco
si sigo así muchos dias.
Pero lo que mas me llama
la atencion, es la sortija.
¡Si yo pudiera tenerla
en mis manos!...

D. PASCUAL. ¿Que ocurria?

ANTOLIN. Hablaba...

D. PASCUAL. ¡Hablabas solo!
¿De que?

ANTOLIN. De nada.

D. PASCUAL. Mentira. (Se sienta.)

ANTOLIN. (Trae mal humor.) Si, de nada
que merezca se le diga.
Pensaba al ver ese sol
que hermosos serán los dias
en nuestro pueblo; y pensando
en lo pasado, venian
á mi mente los recuerdos
de aquellas horas tranquilas,
de aquellas, que son sin duda
las mejores de mi vida.
Me parece que estoy viendo
sentados en la cocina
á los criados y á ustéd
hablarles con la sonrisa
en los lábios, ¡mas qué pronto
pasaron aquellos dias! (Con sentimiento.)

D. PASCUAL. A qué recuerdas...

ANTOLIN. Hay cosas
don Pascual que no se olvidan.
Quién olvidará que ustéd
fué la Providencia misma?

¿Quién olvida que su nombre
entre llanto bendecían?
No es posible, estos recuerdos
viven siempre, no se olvidan.

D. PASCUAL. Sí, pero no viene al caso...

ANTOLIN. Ahora, muchas familias
deben estar, quien lo duda,
en la indigencia sumidas,
porque lo que ustéd derrocha
es lo que ellos necesitan.
Ya no habrá quien les consuele
ni habrá en el pueblo alegría.
¡Pero qué importa! en Madrid
hay coches, grandes comidas,
saraos, y para escarnio
de los hambrientos, orgías.

(Con entereza.)

D. PASCUAL. (¡Me conmueven sus palabras!)
Básta, basta, necesitas
ver las cosas de otro modo.
Ponderas...

ANTOLIN. Yo por el prisma
de la verdad veo el mundo.

D. PASCUAL. ¿Y cómo vives?

ANTOLIN. Vivia.
¿Quién llama vivir á esto?
No, señor, esto no es vida:
la vida está en la esperanza,
la esperanza en la alegría,
y la alegría se encuentra
en esa vida tranquila
en esos goces serenos
que paz y ventura brindan.
Goces puros que sonrien
como la aurora divina
sonrie al mundo en las bellas
mañanas de Abril floridas.
En esta vida agitada
donde es incierta la dicha,
donde si se cierra un ojo
el otro alerta vijila,
donde se venden conciencias,

donde la verdad huida
anda siempre, dó los hombres
unos de otros desconfían.
Aquí, donde todo es
artificiosa mentira,
la vida es muerte, y la muerte,
el principio de la vida.

D. PASCUAL. ¡Exageras!

ANTOLIN. No, señor.

D. PASCUAL. Si, Antolin, desvarías,
te lo repito.

ANTOLIN. Al que vive
en tinieblas, cuando brilla
la luz de pronto á sus ojos
se ofusca y baja la vista,
pero las tinieblas huyen
porque la luz las disipa.

D. PASCUAL. Basta, Antolin.

ANTOLIN. Callaré.

D. PASCUAL. Reportarte necesitas.

ANTOLIN. La esperiencia don Pascual
y mis canas, me autorizan
para decir las verdades,
y acabar con las mentiras.

D. PASCUAL. Bien, pues guarda tus consejos
para aquel que te los pida.

ANTOLIN. ¡Qué ceguedad! mas no importa
la verdad de Dios es hija
y lo que nace en el cielo
en la tierra no se humilla.

(Se marcha.)

ESCENA VII.

DON PASCUAL, luego MERCEDES.

D. PASCUAL. ¿Será verdad que camino
(Muy preocupado.)
á un horrible desencanto?
¿Será cierto que me esperan

nada mas que desengaños?
¡Oh! es preciso fijarse.
Calma, calma y discurramos.
Que la desgracia á mis puertas
llegó yá, no hay que dudarlo.
Que los mismos que se honraban
al estenderme su mano
me abandonan, es muy cierto
tambien, yá han reclamado
las sumas que á mi honradez
no hace mucho confiaron.
Y esto no hay duda, en el mundo
tiene un nombre, desengaño.
Mas el Baron me pidió (Con satisfaccion.)
anoche mismo la mano
de Felisa y ese enlace
es la tabla en que me salvo.
Nobleza obliga, el Baron
no ha desmentido el adagio
puesto que no me abandona
en momentos tan aciagos.
Ah, eres tu.

MERCEDES. Si, yo soy,
Pascual ¿te incomodo acaso?
(Con frialdad.)

D. PASCUAL. ¡Incomodarme!

MERCEDES. Pudiera
ser.

D. PASCUAL. Mercedes, en tus lábios
(Con sentimiento.)
suena muy mal esa frase.

MERCEDES. ¿Te estraña oirla?

D. PASCUAL. Me estraño.

MERCEDES. Tienes razon.

D. PASCUAL. Escucharla
al cabo de tantos años
es sensible.

MERCEDES. Lo comprendo.

D. PASCUAL. (Su frialdad me hace daño.)

MERCEDES. ¡Te admiras!

D. PASCUAL. Debe admirarse
quien siempre de tí ha escuchado

palabras dulces y santas
que sus penas mitigaron.
¿No es esto cierto, mercedes?

MERCEDES. Es verdad.

D. PASCUAL. ¿Porque tus lábios
hoy como entonces, no dicen
lo que me halagaba tanto?

MERCEDES. ¡Es imposible!

D. PASCUAL. ¡Mercedes!

MERCEDES. Aquellos tiempos pasaron.
Son un sueño, una quimera
de nuestros primeros años;
tu sigues en tus ideas
y yo me resigno y callo.

D. PASCUAL. ¡Me desconsuelas Mercedes!
¿Porqué ese silencio?

MERCEDES. Hablo,
y mis palabras merecen
reproches tan solo, trato
de devolverte la paz
que necesitas y hallo
despego en ti, como veo
que mis esfuerzos son vanos,
me condeno á la inaccion,
sufro mi dolor y callo.

D. PASCUAL. ¡Mercedes!

MERCEDES. Este sistema
no dará buen resultado
pero mis quejas, tampoco
te seguirán molestando.
Y si alguna vez vertiesen
mis ojos amargo llanto,
lloraré á solas Pascual
en el rincon de mi cuarto.
En otros tiempos, vivías (Con cariño.)
tu de mi pecho contando
los latidos, tu mujer
y tu hija eran tu encanto,
mas hoy Pascual no es así
hoy tu mundo es tu despacho,
hoy tu mundo es el negocio,
lo demás está muy bajo

para fijar la atencion
de un hombre que está... tan alto (Pausa.)
¿Y como van tus negocios?

D. PASCUAL. ¡Que pregunta!)

MERCEDES. (Se ha turbado.)

D. PASCUAL. En lo posible... ya ves,
la noticia del naufragio
hizo vacilar mi crédito.
Pero no importa, salvarlo
espero.

MERCEDES. ¿Y como?

D. PASCUAL. Es muy fácil.

MERCEDES. Tu dirás.

D. PASCUAL Tengo la mano
de Felisa ya ofrecida...

MERCEDES. ¿A quien?

D. PASCUAL. Al Baron.

MERCEDES. Es claro,
tú de tu hija dispones
como dispones de un trasto
cualquiera. ¡Tu ceguedad,
cuanto la deploro, cuanto!

D. PASCUAL. Siempre me halagó esa boda
y hoy mucho mas. El amparo
del Baron en este instante
me es preciso, necesario.

MERCEDES. Y no ves que sacrificas
su ventura?

D. PASCUAL. Yo no hago
mas que aquello que aconseja
la esperiencia, tengo años
bastantes para juzgar,
y juzgo.

MERCEDES. ¡Bien has juzgado
cuando ves que ese hombre
está siendo tu ángel malo! (Con energía.)

D. PASCUAL. No te incomodes.

MERCEDES. ¿Por qué?
Tienes razon, yo me exalto
por poca cosa, si, si,
debes casarla, no trato
de oponerme, tiene títulos

de nobleza, es millonario,
y los millones son todo
en los tiempos que alcanzamos.
Siendo rico nada importa
que sea un hombre malvado.

D. PASCUAL. El Baron no es tal. (Con seguridad.)

MERCEDES. ¿Lo sabes?

D. PASCUAL. Lo sé.

MERCEDES. ¿Dónde te probaron
lo que afirmas?

D. PASCUAL. Su conducta...

MERCEDES. ¡Su conducta!

D. PASCUAL. Lo ha probado,
hoy que me vuelven la espalda
muchos, me tiende su mano.

MERCEDES. ¡Te lo ha dicho! (Con ansiedad.)

D. PASCUAL. No.

MERCEDES. (Respiro.)

D. PASCUAL. Pero no debo dudarlo.
Hay ciertas dudas que ofenden
y de él, jamás he dudado.

MERCEDES. Bien, adios.

D. PASCUAL. El te acompañe.

MERCEDES. El te lleve de su mano.

ESCENA VIII.

D. PASCUAL, luego el BARON.

D. PASCUAL. ¡Qué tenacidad la suya!
¡Qué obstinacion! yo no he visto
cosa igual, podrá tener
sus defectos, yo no digo...
¿Pero quién en este mundo
está de pecado límpio?

BARON. Saludo á ustéd.

D. PASCUAL. Adelante.
(Con mucha alegría y acercándose á la puerta para recibirle y estrecharle la mano.)
Pase ustéd amigo mio.

BARON. (Me parece que otros dias

no le he encontrado tan fino.)

D. PASCUAL. ¿Acaba ustéd de llegar?

BARON. En este momento mismo.

D. PASCUAL. Cuánto Baron me estrañaba
no verle por estos sitios.

BARON. Claro está en las ocasiones...

D. PASCUAL. Se conocen los amigos.
Y ustéd me ha dado ya tantas
pruebas de afecto y cariño.

BARON. No las que ustéd se merece
en verdad, amigo mio.
Pero hablemos de un asunto
interesante...

D. PASCUAL. ¡Yá atino!
La impaciencia es natural,
yo tambien hice lo mismo
y no me estraña que ustéd
con ese génio tan vivo...
Se lleva ustéd un modelo,
y no es porque yo lo digo,
nada de eso, la muchacha
es un ángel descendido
del cielo y le hará feliz.
Pues nada, nada, lo dicho.
Cuando ustéd quiera, este es
asunto yá concluido.
Quiero que la boda sea
con pompa, con mucho brillo...

BARON. Dispense ustéd, de otro asunto
quiero tratar. He oido
hace poco, que en la bolsa
murmuraban en corrillos
á propósito del triste
fracaso que ha sucedido
y segun creo á estas horas
no pocos de mis amigos
se han reintegrado...

D. PASCUAL. Es muy cierto
señor Baron; por lo visto
tratan de poner obstáculos
en medio de mi camino
envidiosos del buen nombre

que en la bolsa he adquirido.
Pero con ustéd Baron,
cuento para destruirlos.
Con el enlace que ustéd
me propuso anoche, opino
que ha de recibir mi casa
nuevo impulso, nuevo brillo,
y así marchando los dos
como es de esperar, unidos
tomarán nuestros negocios...

BARON. Diré á ustéd señor de Rios
con la franqueza que exije
nuestro amistoso cariño
que por razones agenas
á mi voluntad, desisto
de ese enlace por ahora...

D. PASCUAL. ¡Qué dice ustéd!

BARON. Sí, querido.

D. PASCUAL. Ustéd me pidió su mano...

BARON. Sí, es cierto.

D. PASCUAL. Anoche mismo.

BARON. Antes de llegar la infausta
noticia si, no le digo
que nó, mas qué quiere ustéd
(Con aire impertinente.)
los tiempos no son los mismos.
El sol que lució radiante
luego se vé oscurecido,
los campos que ayer brotaban
flores de aroma esquisito
nadie se estraña de verlos
secos ya y descoloridos.
Y así como esa cadena
se observa en el órden físico
en el moral fácilmente
puede observarse lo mismo.
Anoche pensé casarme
y hoy de ese modo no opino.
Ayer mi opinion le dije
y tambien hoy se la digo
pues la franqueza es mi norte
y á ella me ajusto y me ciño.

D. PASCUAL. Si, comprendo, basta, basta.
(¡Y estos se llaman amigos!)
BARON. No, señor, permita ustéd
que hable, no he concluido.
Obrando con la franqueza
que me inspira mi cariño
hacia ustéd, hablando, como
hablar se debe á un amigo
diré á ustéd, aunque lo siento
señor don Pascual muchísimo,
que me es necesario, urgente,
de una vez, que necesito
mi capital.
D. PASCUAL. ¡¡Es posible!!
BARON. Pues la esperiencia me ha dicho
en otros casos análogos,
semejantes, parecidos,
que ahora precisamente
en mi memoria registro,
que no es prudente dormirse
en esta ocasion, exijo,
pues, cuando le plazca... ahora
en este momento mismo
por ejemplo, el reintegro...
D. PASCUAL. Señor Baron, necesito
un plazo.
BARON. ¡¡Cómo!!
D. PASCUAL. Yo ahora
reconozco el compromiso,
mas no puedo...
BARON. Pues entonces,
no le estrañe si decido
entiendan los tribunales,
del caso, no desconfio.
D. PASCUAL. Ruego á ustéd... (Suplicante)
BARON. Lo siento mucho.
D. PASCUAL. Solo unos dias.
BARON. Repito...
D. PASCUAL. Por favor.
BARON. Le digo á ustéd...
D. PASCUAL. Un mes tan solo.
BARON. Ya he dicho

con franqueza, que no puedo
acceder, señor de Rios,
y lo siento, francamente,
pero lo siento muchísimo
tanto mas cuanto es ustéd
de mis mas caros amigos.
Y no le molesto mas,
le daré el tiempo preciso
media hora por ejemplo
y volveré.

D. PASCUAL. Solo pido
un plazo muy breve. (Muy suplicante.)

BARON. Adios
señor banquero, repito
mi amistad (¡Y que este hombre
soñara con ser ministro!)

El Baron se marcha y D. Pascual queda abatido en una silla en primer término. Momento de pausa. Mercedes aparece en la puerta de su habitacion, ve á su esposo, y despues mira á la puerta que conduce al esterior, por la que aparecerá Eduardo. Los dos avanzan silenciosamente hasta el centro del escenario y en último término, donde sostendrán con mucha rapidez la

ESCENA IX.

MERCEDES DON PASCUAL y EDUARDO.

MERCEDES. Silencio.
EDUARDO. ¿Qué pasa?
MERCEDES. Mucho, Eduardo,
que todo sucede
segun deseamos.
¿Se hizo la venta?
EDUARDO. Se hizo, aquí traigo
el importe.
MERCEDES. Me place.
Será necesario
enseguida. Pasemos...
EDUARDO. ¿A dónde?
MERCEDES. A mi cuarto.

ESCENA X.

DON PASCUAL, MERCEDES, despues.

D. PASCUAL. ¡Ah! no hay duda, uno por uno
(Con mucho sentimiento.)
Me abandonan, ya conmigo
no queda ni un solo amigo.
Ya no me resta ninguno.
¿Qué se hicieron los palacios
que ante mi vista se abrieron?
¿Mis influjos, que se hicieron?
¡Humo son en los espacios!
Por razones poderosas
cambió el destino su curva
y se disipó esa turba
de amistades engañosas.
Aquellos que en mi ventura
gozaban, desparecieron.
¿A donde están? ¿Porqué huyeron
en las horas de amargura?
Huyeron porque el temor
dentro de su pecho arde,
porque en un alma cobarde
no tiene asiento el honor.
Venid, venid, esos cuyo
proceder no tiene nombre
y vereis lo que hace un hombre
que sabe apreciar el suyo.
¿Sabeis cual es su deber?
Pues bien, arrojar su suerte
en los brazos de la muerte.

MERCEDES. Nunca, en los de tu mujer (Con pasion.)

D. PASCUAL. ¡Mercedes! (Se abrazan.)

MERCEDES. ¡Pascual! instantes
supremos, bendito Dios
marchemos, marchemonos.

D. PASCUAL. Si, Mercedes, cuanto antes.

MERCEDES. Gracias, Dios mio, vencí.

D. PASCUAL. Mas es tarde, mi deshonra
es cierta.
MERCEDES. Nunca, tu honra
está salvada por mí.
D. PASCUAL. ¡Será posible Mercedes!
¿Tanto por mi te interesas?
MERCEDES. He vendido mis dehesas
y todo pagarlo puedes. (Le entrega billetes.)
D. PASCUAL. ¡Cuándo yo remunerarte
podré!
MERCEDES. No importa, Pascual.
D. PASCUAL. Perdona, perdona el mal
que yo he debido causarte.
MERCEDES. Todo lo doy al olvido
y solo exijo de tí
que vivas pensando en mí.
D. PASCUAL. Hoy recobras tu marido.
MERCEDES. Verás como así se pasa
la vida mas agradable
y te vuelve á ser amable
como antes lo fué tu casa.
D. PASCUAL. ¡Tu bondad, es un esceso
de cariño!
MERCEDES. Si, Pascual,
convéncete, nuestro mal
ha sido olvidarte de eso.
D. PASCUAL. ¿Quieres que aficion recobre
otra vez á la familia?
A gran precio se concilia
que ahora, Mercedes, soy pobre,
MERCEDES. ¡Pobre no, aun que perder
tenemos.
D. PASCUAL. Poco será.
MERCEDES. Mira. (Le entrega un papel.)
D. PASCUAL. ¡¡Mi fragata!!
MERCEDES. Está
anclada ya en Santander.
D. PASCUAL. ¡Pero es posible, Dios mio!
Gracias, ven, quiero abrazarte.
MERCEDES. Era preciso curarte
de tu fatal desvarío.
¿Me perdonas?

D. PASCUAL. Veces mil
y absorto tu amor me deja.
MERCEDES. Quise, Pascual, que la oveja
se volviese á su redil.
D. PASCUAL. Y de haberlo conseguido
te puedes felicitar
no es poco reconquistar
aquello que se ha perdido.
Hoy te demuestra tu esposo
una verdad, algo vieja,
y es que el hombre siempre deja
lo cierto por lo dudoso.
Allá en Arganda, los dos
gozábamos mil venturas
y tras locas aventuras
vine á estos mundos de Dios.
Por ellas he visto irse
cosas que no vuelven ya
pero en fin quién no tendrá
algo de que arrepentirse.
Y si tu, cual Dios lo manda,
me otorgas perdon completo
yo, Mercedes, te prometo
no salir nunca de Arganda.
Allí libres de dolores (Con naturalidad.)
pasará el tiempo bien mio,
como las aguas del rio
que se pierde entre las flores.
(Momento de pausa.)
¿Y en empresa tan prolija
quien ayudarte ha querido?
MERCEDES. El futuro de tu hija.
D. PASCUAL. ¡Ah! ¡Su futuro marido!
MERCEDES. ¿Quieres conocerle?
D. PASCUAL. Si.
MERCEDES. ¿Eduardo? (Llamando.)

ESCENA XI.

Los que anteceden, EDUARDO, luego FELISA. Esta, momentos despues de salir Eduardo de la habitacion de Mercedes, saldrá de la suya, colocándose á la inmediacion de D. Pascual.

D. PASCUAL. Ah, es aquel
jóven, vamos... ya,
MERCEDES. A él
destinada está por mi.
D. PASCUAL. Yo no tengo inconveniente
tu le querrás. (A Felisa)
FELISA. Ya lo creo (Con cortedad.)
D. PASCUAL. á Eduardo ¿Y usted tambien?
EDUARDO. Mi deseo,
es ese.
D. PASCUAL. Perfectamente.
Vuelve á mi pecho la calma.
Al sentirme á vuestro lado
del hombre regenerado
siento el placer en el alma.
MERCEDES. ¡Mucho me alegro!
D. PASCUAL. ¡Que quieres
que te diga, es la verdad!
MERCEDES. ¡Y llaman calamidad (Al público.)
los hombres á las mujeres!

ESCENA XII.

Los precedentes, el BARON, JUAN.

JUAN. El señor baron (Anunciando.)
D. PASCUAL. Que pase
adelante.
BARON. Molestarlo
siento,
D. PASCUAL. No importa,baron,

aqui está usted dispensado.

BARON. Mil gracias

D. PASCUAL. Ya sabe usted
que se le aprecia

BARON. (¡Es muy raro,
este hombre me parece
que no es el mismo que cambio!)
He oido que se afirman
las noticias del naufragio
de su casa...

D. PASCUAL. Y usted obra...

BARON. Como el que está interesado...

D. PASCUAL. Si, en buscar una tabla
y ver si se pone en salvo

BARON. Las circunstancias á veces
son tan imperiosas... tanto
que sin darnos de ello cuenta
señor de Rios, obramos.
Yo, no quisiera... lo siento,
(páguame pronto y me largo)

D. PASCUAL. Pues nada, señor Baron,
no hay motivo para tanto
usted me pide...

BARON. Y usted...
(Con ansiedad.)

D. PASCUAL. Yo, señor baron, le pago.
(Le entrega billetes.)

BARON. ¡Mi capital! (ya respiro)

D. PASCUAL. ¡Todo en créditos del banco
de Londres!

BARON. Mucho mejor
porque aqui cuestion de cambio...
Repito á usted que he sentido.
muchísimo este fracaso,

MERCEDES. Gracias, baron, se conoce
en lo bien que se ha portado.
(Con energia.)

BARON. Señora, las circunstancias (Disculpándose.)
son tales, que me obligaron...
Pero mi afecto, es de ustedes.

MERCEDES. Nosotros, lo rechazamos.
(Con dignidad.)

BARON. Señora...

MERCEDES. Que me oiga usted
un momento es necesario:
usted quiso destruir,
por motivos que ahora callo,
el crédito de mi esposo

BARON. Yo señora...

MERCEDES. Propalando
rumores dignos de usted
si, Baron, rumores falsos
y antes de que usted pusiera
en práctica tan estraño
método, yo por mi parte
baron, decidí probarlo,
en efecto, esos rumores
sabe usted que circularon
anoche, y usted y otros
su capital reclamaron,
con lo cual cayó la máscara
que les estaba ocultando
pues esa accion no es de amigos
fieles, desinteresados,
esa accion, es digna de hombres
de pensamientos bastardos,
propia de quien nada tiene
ni de noble, ni de hidalgo.

BARON. Otra vez repito á ustedes
que nunca ha sido mi ánimo...

D. PASCUAL. Baron, hasta la entereza
le está á usted abandonando,
yo al amigo que me falta
como usted tiendo mi brazo
y de mi casa las puertas
con desprecio le señalo,

(Aparece Antolin por el foro derecha)

BARON. Señor D. Pascual... (Suplicante.)

D. PASCUAL. He dicho.
Pues bien, entonces... me marcho.

(Las dos últimas palabras debe pronunciarlas cerca de la puerta de salida.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y ANTOLIN.

ANTOLIN. ¡Se marcha usted! no, tenemos
que ajustar cuentas muy largas
nosotros
(Le coje por un brazo y le trae á la escena.)
BARON. Permita usted...
ANTOLIN. Cachaza baron, cachaza,
que he de contarle una historia
en mi juicio, algo pesada.
BARON á D. Pascual. ¡Tolera usted que este hombre
me esté faltando en su casa!
ANTOLIN. Escuche usted, es asunto
de muchísima importancia
es una escena, Baron,
cuyo recuerdo me espanta.
Allá en la noche del tres
de setiembre. ¡Fecha aciaga!
Del año mil ochocientos
cuarenta y dos, caminaba
viento en popa, una corbeta
sobre las ondas saladas
yo, con mi amo y su hijo,
de corta edad, viajaba
en ella, á los pocos dias
se descubre una fragata
y hombres, niños y mujeres
repitieron. «*El Fantasma*»
¿sabe usted que nombre era?
BARON. Yo, no, (Confundido.)
ANTOLIN. El de un buque pirata
que para terror de todos
aquellos mares surcaba.

Asi como el buitre airado
tras su víctima se lanza,
á todo trapo venia
procurando darnos caza.
Llega, nos aborda y mi amo
murió á manos del pirata.
Y ustedes no saben quien
en aquella noche aciaga
machete en mano, la muerte
en torno suyo sembraba?

D. PASCUAL. ¿Quien es?

ANTOLIN. Miradle, hele ahi.
La conciencia le delata.

TODOS. ¡¡El baron!!

ANTOLIN. Si esa sortija
(Por la que lleva el baron.)
un retrato nos mostrara...

BARON. Hela ahi, (Se la entrega.)

D. PASCUAL. Si, si, veamos.

M., F. y E. ¡¡Veamos!!

BARON. No tiene nada,

ANTOLIN. No es posible, este secreto
que usted ignora lo guarda

BARON. ¡¡Ah!!

ANTOLIN. Es la misma no hay duda
la que mi amo llevaba
siempre consigo y ese es
el retrato de mi ama.
(Todos lo miran.)

EDUARDO. ¡Cielos, mi madre!

ANTOLIN. ¡Su madre!

EDUARDO. Si, ella es la misma cara
la misma de un medallon
que pende de mi garganta
desde niño.

ANTOLIN. Luego tu...
eres, ¡ah! ¡Dios mio! gracias.
(Se abrazan.)
¡Señor baron! (Con ira reconcentrada.)

BARON. (¡Qué suplicio!)

ANTOLIN. Aquella escena venganza
pide.

EDUARDO. Y el hijo ultrajado
sabrá obtenerla.

(Se arroja á él y le detienen.)

D. PASCUAL. No, basta
Eduardo, la justicia
del Dios que olvidar nos manda,
él ha velado por ti
y él ante tu vista airada
coloca al hombre que un dia
cometió tan graves faltas.
Hele ahi, ya no se atreve
á mirarte cara á cara,
ya no puede resistir
la fuerza de tu mirada,
dejadle.

ANTOLIN. Que restituya
lo que es justo y que se vaya.
(A Eduardo.)
Tu padre era rico cuando
murió á manos del pirata

BARON. (¡Tiene razon!) Tres millones
don Pascual de darme acaba.

EDUARDO. Bajo á Antolin. Es decir...

ANTOLIN. No tengas miedo
de mis manos no se escapa,
he dado parte y lo prenden

EDUARDO. ¿Enseguida?

ANTOLIN. En cuanto salga.

BARON. Helos ahi, nada quiero
(Los deja en el velador.)
ni en el mundo aspiro á nada.
¡Qué puede esperar el hombre
que vivió sin fé sin alma! (Se marcha.)

ANTOLIN. Lo que á ti está esperando
que te aprieten la garganta.

MERCEDES. Y aun no conoces gran parte
de sus acciones villanas
Pero en pasando algun tiempo
yo te las diré,

D. PASCUAL. En Arganda

Mercedes. Hoy mismo quiero
que levantemos la casa.

MERCEDES. ¡Reniegas de tu ambicion!

D. PASCUAL. Harto cara me ha salido,
pero Mercedes, tu has sido
mi tabla de salvacion.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 29 de Enero de 1867.

El censor de teatros,

Narciso S. Serra.

3 0112 117460177

VENTA EN MADRID.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,

CARRETAS, 9.

SRES. MOYA Y PLAZA, CARRETAS, 8.

D. ALFONSO DURAN, CARRERA DE S. GERÓNIMO, 2.

VENTA EN VALLADOLID.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE RODRIGUEZ,

ORATES, 48.

EN PROVINCIAS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.